

ber enseñado errores. Había sido con S. Ireneo discípulo de san Policarpo; pero no fué fiel en conservar la doctrina de su maestro. S. Ireneo le escribió para hacerle abjurar sus errores. Eusebio nos ha conservado un fragmento de esta carta; *Hist. ecclés.*, l. 5, c. 20. *Florinus* sostenía que Dios es el autor del mal. Algunos escritores le han acusado también de haber enseñado que las cosas prohibidas por la ley de Dios no son malas en sí mismas, sino por estar prohibidas. Por último abrazó algunas otras opiniones de los valentinianos y carpocratianos. S. Ireneo escribió contra él sus libros de la *Monarquía* y de la *Odolade*, que ya no existen. *Disertación segunda de Dom Massuet sobre S. Ireneo*, art. 3, p. 104; Fleury, *Hist. ecclés.*, l. 4, § 17.

Font-Evrard. Abadía célebre en Anjou, cabeza de una orden de religiosos y religiosa fundada por el B. Roberto de Arbrissel, que murió el año 1117. Esta orden fué aprobada por el papa Pascual II en 1106, y confirmada el año 1113 bajo la regla de S. Benito.

Roberto de Arbrissel consagró sus trabajos á la conversion de las mujeres mundanas; reunió un gran número de ellas en la abadía de *Font-Evrard*, y les inspiró el desigrio de consagrarse á Dios. Se asoció á otros cooperadores, que reunió también por votos monásticos. Lo que ha parecido mas singular en este instituto, es que, para honrar á la Santísima Virgen, y la autoridad que Jesucristo le habia dado sobre S. Juan, cuando dijo á este discípulo querido; *Hé ahí á tu madre*; el fundador de *Font-Evrard* quiso que los religiosos, lo mismo que las religiosas, estuviesen sujetos á la abadesa, y que esta hermana fuese el general de la orden. Los soberanos pontífices han aprobado esta disposicion, que subsiste todavía, y han concedido á esta orden grandes privilegios. En Francia hay mas de cuarenta casas ó prioratos que están divididos en cuatro provincias, y en Inglaterra habia dos antes del cisma de la Iglesia anglicana. En las treinta y seis abadesas que han gobernado esta orden ha habido muchas princesas de la casa de Borbon.

Las *Hijas de Dios* de la calle de S. Dionisio en Paris, que son religiosas de *Font-Evrard*, han tomado su nombre de haber sucedido en la casa que ocupan á una comunidad de jóvenes y señoras penitentes, que se llamaban *Hijas de Dios* y que han sido suprimidas.

No se ha dejado de censurar las piadosas intenciones de Roberto de Arbrissel; aun se ha querido hacer sospechosa la pureza de sus costumbres: durante su vida, algunos autores, engañados por falsos rumores, le acusa-

ron de vivir en demasada familiaridad con sus religiosas. Bayle, en su *Diccionario crítico*, artículo *Font-Evrard*, ha recibido con afectacion todo lo que se ha escrito con este motivo; pero se ha visto obligado á confesar que sus acusaciones no estan probadas, y que la apologia de Roberto de Arbrissel, hecha por un religioso de su orden, es sólida e incontestable. Ha salido á luz otra impresa en Ambéres en 1701, en la que está justificado contra las bulas malignas de Bayle.

Formas sacramental. V. SACRAMENTO.

Formidas (cartas). V. CARTAS.

Fórmula helvética. Se llamó así la regla hecha por un teólogo, la cual fué aprobada por los suizos; declarábase en ella que el sistema de la gracia universal *distaba mucho de la sana doctrina revelada en las Escrituras*. Y para que el sistema protestante de secularizar la Iglesia tuviese cumplido efecto, mandó el soberano magistrado que todos los ministros, doctores y profesores suscribiesen á ella en estos términos: *Así lo creo, así lo profeso, así lo enseñaré*. No se referia esto á una simple sumision política ó civil, sino que era un acto puro de fe mandado por la potestad secular, terminando la reforma por someter la Iglesia al siglo, la ciencia á la ignorancia y la fe al magistrado. El célebre Boyer, superior del seminario de S. Sulpicio en Paris, ha escrito una preciosa disertacion titulada: *La herejía constitucional que somete la religion al magistrado, etc.*

La fórmula helvética tenia además otra parte, en la cual, sin pagarse ni de los Setenta, ni de los targos, ni del original samaritano, ni de los antiguos intérpretes y lecciones antiguas, se canonizaba hasta los puntos del texto hebreo que tenemos, declarándolo exento hasta de las menores faltas de los copistas y de toda vicisitud del tiempo. Los autores de este decreto no conocieron cuán ridiculo se ponian aun entre los sabios de su comunión; pero se mantenian adheridos á las afejas máximas de la reforma ignorante. Incomodísimos el ver que las lecciones de la Vulgata, que en otro tiempo habian tenido por otras tantas falsificaciones, eran cada dia mas y mas aprobadas por los sabios del partido; y fijando el texto original segun al presente lo tenemos, creian estar libres de la necesidad de la tradicion, sin pensar en que bajo el nombre de texto hebreo, en vez de las tradiciones eclesiásticas y la de la antigua sinagoga, consagraban las de los rabinos. Bossuet, *Hist. de las Iriac.*, lib. 14, n. 19 y 20.

Formulario. V. JANSENISMO.

Fornicacion. Comercio ilegítimo de dos personas libres. Este desórden, tolerado entre los paganos y excusado por los filósofos antiguos, está condenado sin contemplacion por la moral cristiana. San Pablo lo prohibe á los fieles, y para inspirarles horror á él, les representa que sus cuerpos son miembros de Jesucristo y templos del Espíritu Santo. *I Cor.*, vi, 13 y siguientes. Aun cuando no se considerase mas que el interes de la sociedad, es evidente que este desórden es muy pernicioso: retrae del matrimonio, destierra la honestidad de las costumbres, perjudica á la población, aumenta los expósitos y los condena á la ignominia, hace desconocer á los hombres los deberes de la paternidad, y á las mujeres las obligaciones mas esenciales de su sexo.

Para conocer que la *fornicacion* es un desórden contrario á la ley natural, basta observar que el hombre que satisface de este modo su pasion, se expone á procrear un hijo que no tendrá ni un estado honrado, ni una educacion conveniente, ni ningun derecho seguro, y á cargar á una mujer con todos los deberes de la maternidad sin ayuda ni auxilio. De modo que para comprender su enormidad, basta conocer las razones que establecen la santidad del matrimonio. Véase esta palabra.

Aquellos de nuestros filósofos modernos que se han atrevido á enseñar, que debia abolirse el matrimonio, que debian ser comunes las mujeres, y declarar hijos del Estado todos los que naciesen, querian no solo colocar á todas las mujeres en la clase de prostitutas, sino degradar y envilecer la especie humana, que es el verdadero medio de destruir.

Cuando el concilio de Jerusalem, celebrado por los apóstoles, *Act.*, xvn, 20 y 29, prohibió á los fieles el uso de la sangre, de las carnes sufoecadas y la *fornicacion*, no pretendió colocar este último crimen en la misma linea que los dos precedentes; estos no fueron prohibidos sino por razon de las circunstancias, en lugar de que la *fornicacion* es mala por sí misma y contraria á la ley natural. Mas el concilio hablaba segun la preocupacion de los nuevos paganos convertidos, que antes de su conversion estaban acostumbrados á mirar la *fornicacion* como una cosa casi indiferente, ó al menos como una falta levisima.

En el antiguo Testamento la idolatria está expresada muchas veces por la palabra *fornicacion*, porque esta era una especie de comercio criminal con las falsas divinidades, casi

siempre acompañada de la impudicia, y algunos comentadores han creído que el concilio de Jerusalem bajo el nombre de *fornicacion* entendia la idolatria. Como quiera que sea, este desórden no se excusó nunca, ni se toleró entre los judios; está severamente castigado en los dos sexos por las leyes de Moisés. *Deut.*, xxii.

Fortaleza. Segun los moralistas, la *fortaleza* es una de las virtudes cardinales ó principales; la definen: una disposicion reflexiva del alma que hace soportar con alegría las contradicciones y tentaciones. El mismo nombre de virtud no significa otra cosa mas que la *fortaleza del alma*; así podemos decir con verdad que un alma pusilánime es incapaz de virtud.

Los antiguos entendian principalmente por la *fortaleza* el valor para soportar los reveses y las aflicciones de la vida, y emprender grandes cosas para hacerse apreciar de los hombres; muchas veces la ambicion y la vanagloria son su único resorte, y con frecuencia tambien degenera en lemeridad y terquedad.

La *fortaleza* cristiana es mas prudente; guarda un justo medio inspirado por el motivo solo de agradar á Dios; modera en nosotros el temor y la presuncion, sin impedirnos el huir los peligros de la muerte cuando no hay alguna necesidad de exponernos á ellos, sino que nos los hace arrostrar cuando el deber lo manda. Dios, dice S. Pablo, *II Timol.*, vii, 7, no nos ha dado un espíritu de temor sino de fortaleza, de caridad y de moderacion. Esta virtud ha brillado singularmente en los mártires, y para comunicarla á todos los fieles, Jesucristo instituyó el sacramento de la confirmacion. Nunca dejará de serles necesaria para vencer todos los obstáculos que se oponen á su perseverancia en el bien; tienen sobre todo necesidad de ella cuando el exceso de corrupcion de las costumbres públicas ha hecho odiosa y ridicula la virtud. V. CONFIRMACION, CELO.

Fortiño, Fortuna. Este artículo mas bien pertenece á la metafísica que á la teología; pero han abusado de tal modo de las palabras los materialistas modernos para paliar lo absurdo de su sistema, que no podemos dispensarnos de dar de ella una nocion verdadera.

Desde luego es evidente que en la creencia de una Providencia divina, atenta á los acontecimientos, que los ha previsto *ab eterno*, que dirige su curso, nada puede ser *fortiño* con respecto á Dios. Si hallamos alguna vez esta palabra en la Sagrada Escritura, debe-

mos entender que no señala la ignorancia é incertidumbre sino con respecto á los hombres; los adoradores del verdadero Dios no han dejado nunca de atribuir á su Providencia los acontecimientos prósperos ó adversos que les han sucedido.

Bajo el nombre de *fortuna* entendían los paganos un poder ciego y desconocido, una especie de divinidad extravagante que distribuía á los hombres el bien y el mal sin razón ni discernimiento, por mero capricho. La representaban bajo la figura de una mujer que tenía vendados los ojos, un pié apoyado en un globo, y vuelto el otro hácia el aire ó sobre una rueda que giraba sin cesar. Ningún dios tuvo en Roma mayor número de templos que la *fortuna*; los romanos, libros de un gran peligro por el poder que había tenido Veturia, dama romana, sobre su hijo Coroliano, levantaron un templo á la *fortuna femina*, *fortuna mulieris*, y al buen genio que había inspirado á esta mujer. Los mayores hombres confiaban en su propia *fortuna* y en la de Roma, en una divinidad desconocida que los protegía á ellos y á su patria, y esta confianza les inspiró muchas veces empresas temerarias é injustas. Para ocultarse á sí mismos su imprudencia é injusticia, atribuían el resultado á una divinidad cualquiera. Juvenal se burla con razón de esta preocupación. *Sat.* 40. «Con la prudencia, dice, todos los dioses están á nuestro favor; pero hemos querido hacer una divinidad de la *fortuna* y colocarla en el cielo». Ciceron se expresa casi lo mismo en el 2.º lib. de la *Divinación*.

Mas de una vez hemos observado que el poeta Lucrecio cayó en contradicción, cuando en una obra destinada á establecer el ateísmo habla de un poder desconocido, *res abdita quædam*, que se complace en desconcertar los proyectos de los hombres, y hacer que sucedan las cosas de diverso modo que piensan, de una *fortuna* que todo lo decide, *fortuna quæternans*. En vez de admitir el poder supremo de una inteligencia que todo lo gobierna con sabiduría, quería mas suponer un poder ciego y caprichoso que todo lo disponía sin reflexión y por antojo, sin dudar para no verse obligado á tributarle acatamiento.

Electivamente, es un absurdo de los paganos el dar culto á una pretendida divinidad que suponían privada de razón y de prudencia, inconstante y caprichosa, incapaz por consiguiente de tener presentes los votos y los homenajes que se le dirigen. Mas luego que los hombres supusieron un ser cualquiera, igno-

rante ó inteligente, justo ó injusto, bueno ó malo que distribuye los bienes y los males, nunca han dejado de adorarlo por interes. Así, el ateísmo nunca ha podido hallarse entre ellos. En el día los materialistas quieren seducirnos desatinando de diverso modo. Dicen que nada se hace por casualidad, puesto que todo es necesario. Esto no es mas que el abuso de una palabra; que una causa cualquiera sea contingente ó necesaria, esto no le hace nada; en el hecho de ser ciega y no saber lo que hace, esta es la casualidad y la *fortuna*, y nada mas. Tal es la idea que de ella tienen todos los filósofos. «No solo es ciega la *fortuna*, dice Ciceron, sino que ciega á los que favorece.» *De Amicis*, n. 54. Definíó el acaso, lo que sucede sin designio aun en las mismas cosas que se han intentado, l. 2.º de *Divin.*, n. 45. Otramnos el acaso cuando no conocemos el efecto que resultará de nuestra acción; el acaso ó la *fortuna* es lo opuesto, no de la necesidad, sino de la inteligencia, del conocimiento y de la reflexión.

Aquellos filósofos que defnieron la *fortuna* ó el acaso el efecto de una causa desconocida, se engañaron; debían haber dicho el efecto de una causa privada de inteligencia y que no sabe lo que hace. Cuando el viento hace que caiga sobre mí una teja ó una pizarra, esto es por casualidad, aunque conozco perfectamente la causa; pero esta no ha obrado por reflexión, y yo mismo no preveía que obrase en aquel momento. Si no hay un Dios que gobierna el universo, todo es efecto de la casualidad.

Pero del mismo modo nada es *fortuito* para los que reconocen un Dios soberanamente inteligente, poderoso, sabio y bueno; en sus labios la *fortuna* no significa mas que felicidad ó desgracia. Cuando Zelfa, sierva de Jacob, parió un hijo, Lia, su señora, lo llamó *Gad*, felicidad, buena *fortuna*, *Gen.*, xxx, 41; pero ella no daba á este nombre la idea que los paganos, puesto que siempre que ella misma había tenido esta dicha, la había atribuido á Dios, c. 29 y 30. Cuando cayeron los judíos en la idolatría, adoptaron las nociones de los politeístas; Isaías les echa en cara haber levantado altares á *Gad* y á *Meni*, lxx, 41. La Vulgata y el siríaco entendieron por la primera de estas palabras la *fortuna*; los Setenta han traducido *Gad* por el demonio ó el genio, y *Meni* por la *fortuna*; los rabinos sonaron que *Gad* era Júpiter. Es probable que *Meni* sea la luna, como *men*, en griego; sabemos cuánto poder atribuían los paganos á la luna.

Ciertamente que es mas consolador para el

hombre atribuir el bien y el mal que le suceden á Dios, que no hacerle este honor á una *fortuna* caprichosa ó á un ciego destino. El culto dado á la primera, lejos de hacer al hombre mejor, no podía dirigirse mas que á persuadirle la inutilidad de la prevision, de la precaucion y de la prudencia. El dogma de Providencia debe producir el efecto contrario, puesto que nos enseña que Dios recompensará tarde ó temprano nuestra confianza, nuestra paciencia y sumisión á sus decretos.

Fosario, sepulturero. V. FUNERALES.
Fotinus. Herejes del IV siglo que habían abrazado los errores de *Fotino*, obispo de Sirinich ó Sirnich en Hungría. Este fué discípulo de Marcelo de Ancira, y pasa por haber tenido instrucción y elocuencia; llevó la impiedad para con Jesucristo mas allá que los arrianos. Sostuvo que era hombre puro, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen María; que cierta emanación divina que nosotros llamamos el *Verbo* había bajado sobre él, y que en consecuencia de la union de este *Verbo* divino con la naturaleza humana, Jesucristo era llamado *Hijo de Dios*, *Hijo único*, porque otro ningún hombre había sido formado así, y *Dios*, por los dones, el poder y los privilegios que Dios le había concedido. *Fotino* no entendía por el Espíritu Santo una Persona distinta de Dios Padre, sino una virtud celestial emanada de la Divinidad; de modo que este hereje, como Sabelio, no admitía mas que una sola Persona en Dios.

Fuó condenado no solo por los ortodoxos, sino tambien por los arrianos; por los obispos de Oriente en un concilio de Antioquia del año 345; por los de Occidente en el concilio de Milan en 346 ó 347; por último, fué tambien depuesto en otra asamblea en Sirich el año 351, y murió en el destierro el año 371 ó 373. Se ha renovado su herejía en estos últimos tiempos por Socino; y aunque los socinianos la hayan paliado bastante, el fondo de su sistema viene á ser el mismo.

Fourierismo. Doctrina de Carlos Fourier, que nació en Besançon en 1772, y murió en Paris en 1837. Su vida no tiene nada de notable; hijo de un comerciante de paños, la pasó oscuramente en diferentes casas de comercio. No sucedió lo mismo con sus escritos que recibieron gran publicidad, y expusieron un nuevo sistema social é industrial.

Viendo en la naturaleza los elementos de la felicidad repartidos con una especie de profusion, dice M. de Villeneuve-Bargemont, afectado por los vicios que efectúa la civilización por el industrialismo, tal como se

concibe en nuestros días, y de las desgracias que pesan sobre los países mas adelantados en esta civilización, Carlos Fourier investigó las causas de esta anomalía. Mas colocándose en un terreno fuera de las creencias católicas, creyó hallar el origen del mal en la perpetua contradicción que pone la sociedad á las vocaciones naturales de los hombres, y en la division por la vida de familia, de los intereses, de los trabajos y los goces que la naturaleza destinaba para la comunidad. El remedio consistía en la asociacion combinada con la atracción, la armonía y equilibrio de las pasiones en las que reconocia exclusivamente el indicio de las vocaciones naturales.

En su sistema el universo, en vez de estar dividido en familias, lo estaria en agregaciones sociales que llama *grupos*, *series* ó *falanges*. Para ser normal un grupo, debe componerse de siete ó nueve personas; este es el primer albeo de la colmena social, el núcleo de la asociacion. Las series deben tener 24 ó 30 grupos, y reunirse en falanges de cerca de 1800 personas. La habitacion de una falange se llama *falansterio* (de donde vino á los sectarios de Fourier el nombre de *falansterianos*), y el falansterio es agrícola ó industrial.

Segun este método, en medio de la vida comun, con placeres comunes y con trabajo inteligente y atractivo, distribuido segun la ley de las atracciones ó vocaciones, se obtendría tal economia de tiempo, de fatiga y de géneros, y al mismo tiempo tal aumento de productos de toda especie, que cada miembro de la asociacion armonica tendria una parte de goces variados, al menos igual á la que está reservada en el día á los individuos mas ricos. Ademas, la perfeccion física y moral de los individuos produciria una regeneracion completa en las familias de la especie humana.

Las falanges se unirían unas con otras segun sus simpatías, sus intereses y los diversos grados de utilidad comun; formarían ciudades, provincias, reinos, imperios, y por último una asociacion universal que no tendria mas limites que los del globo, y cuyo centro deberia ponerse sobre el Bósforo.

Aun cuando debia ponerse en comun, habia sin embargo intereses respectivos de falanges, de series, grupos é individuos; los productos serian al menos cuadruplicados que los que se obtienen por los actuales procedimientos, y se haría de ellos una distribucion equitativa en razon del capital, del trabajo y del talento. Así la propiedad seria unida á la

comunidad, y todo estaría arreglado de tal modo que los unos no podrían prevalerse de sus ventajas, ni los otros afligirse por su condición inferior.

Cualquiera que sea el valor de esta teoría económica e industrial, no es en Fourier más que la aplicación de una doctrina metafísica, cosmogónica, y psicológica, que en sí misma no es otra cosa que un panteísmo materializado. Hé aquí un rápido ensayo, desembarazado de las fórmulas abstractas y del bárbaro neologismo, de que se vale Fourier para exponer su sistema.

Hay tres principios: Dios, principio activo y motor; la materia, principio pasivo y movido; las matemáticas, principio neutro y arbitrario.

Dios, el hombre y el universo no son más que una cosa, se absorben y se confunden; lo que equivale á decir como los san simonianos (*casee* SANSIMONISMO): *Dios es todo lo que es.*

La voluntad de Dios se manifiesta por una atracción universal que está esparcida en el universo, y que produce cinco movimientos: movimiento natural, orgánico, instintivo, aromático, social. Todas las pasiones tienen su analogía en la naturaleza, desde los átomos hasta los astros, por consiguiente en Dios mismo.

Dios ha producido diez y seis especies de hombres: nueve en el antiguo continente, y siete en América. Las especies están todas sometidas á la atracción y á la analogía universal.

Las almas humanas no mueren con los cuerpos que animan; no pudiendo quedar aisladas de los goces materiales, pasan en seguida á otros cuerpos humanos en nuestro globo ó en otro. Así la inmortalidad del alma no es otra cosa que la metempsicosis.

La atracción universal se manifiesta en los hombres por las pasiones; las pasiones, pues, vienen de Dios: hé aquí por qué son las mismas en todas partes. Si encuentran obstáculos es por parte del hombre, es necesario cambiarlos y no reformar las pasiones. No será perfecta la armonía sino cuando se dé toda latitud al juego de las pasiones, y que no exista ya la menor sombra de la opresión.

En el hombre hay doce pasiones radicales: siete pertenecen al alma, y cinco al cuerpo; unas son sensitivas, otras afectivas y distributivas. Cuantas son las pasiones fundamentales, tantos son los impulsos legítimos. Del libre ejercicio de estas pasiones viene en el hombre el sentimiento religioso, que no es más que el resultado de la combi-

nación de todas las pasiones, como el blanco resulta de la reunión de todos los colores.

La ley, el deber, el bien del hombre es el obedecer á sus atracciones, es decir, seguir sus pasiones; hé aquí toda la moral.

Las ideas de vicio y de virtud, de bien y mal son radicalmente falsas; el bien es el desarrollo armónico del hombre; el mal es la actual civilización.

La obra exterior del hombre, su destino en la tierra es la cultura del globo, su objeto la felicidad y su medio de asociación la armonía universal. Siendo la voluntad de Dios la felicidad del hombre y el desarrollo completo de todos los seres, nuestras pasiones deben ser para nosotros una revelación permanente, porque la felicidad consiste en tener muchas pasiones y muchos medios de satisfacerlas.

El deber proviene de los hombres, la atracción de Dios. El deber varía cada siglo, mientras que la naturaleza de las pasiones ha sido y será invariable en todos los pueblos.

Después de estas doctrinas entran las profecías. La tierra, los climas, la humanidad, se transformarán por medio de la organización falansteriana. El mundo durará 80,000 años. Durante los primeros 40,000 irá progresando. Tiene 7,000 años y todavía están en la infancia. Va á entrar en la juventud, pasará á la edad madura, en la que permanecerá 8,000 años, después irá decayendo hasta su completa decrepitud, que se acabará al cabo de otros 40,000 años. Habrá revoluciones siderales, que pondrán á nuestro globo en condiciones nuevas, y después del mundo actual habrá otras creaciones sucesivas en número de 48; cada creación se verificará por la unión del flúido austral al boreal. Aquí toma nuevo velo la imaginación de Fourier; puebla nuestra tierra de animales maravillosos; las facultades humanas se elevan á la mayor potencia; la tierra es la mansión de las delicias; la felicidad brota de su seno con abundancia.

«El panteísmo de Fourier, dice M. Maret, y sus tendencias materialistas son manifiestas; su sistema filosófico nada ofrece de nuevo. Nos limitaremos á una observación sobre la base moral de esta teoría, la legitimidad de todas las pasiones y la necesidad de su desarrollo. No dar otra ley á la pasión que la pasión misma, negar la ley moral destinada á regular y dirigir las pasiones, admitir en el sentido más absoluto la legitimidad de todas ellas, es divinizar todos los desórdenes, todos los vicios y degradaciones que pueden hacer al hombre inferior á la bestia. Creer y hacer que con el principio de la legitimidad de todas las pasiones se puede llegar á satisfacer-

las, á ponerlas los límites que son necesarios para la existencia de la asociación, es desconocer enteramente la naturaleza del hombre y la de la pasión, es engañarse á sí mismo y engañar á los lectores.»

Lo que ha extraviado á Fourier en la investigación de la verdad, es el abuso que ha hecho de los métodos que se había creado, y que si no hubiese hecho de ellos más que un uso racional y discreto, le hubieran podido conducir sin tropiezo á poner las primeras bases de la ciencia social. En efecto, se le ve repetir á cada instante que había hecho sus descubrimientos por un cálculo peligroso, del que sin embargo trató de libertarse. Este hombre en realidad había recibido una disposición maravillosa para los trabajos de análisis y los puntos de correlación; además se sirvió de la analogía universal como instrumento de inducción, pero con aquel frenesí de un hombre que, al otro día del descubrimiento de la brújula, cree poder servirse de ella para ir á las grandes Indias. Por lo demás, su *Tratado de asociación* es la imagen perfecta de la organización intelectual del autor, en el que se halla un formidable desarrollo de procedimientos lógicos, destinados á establecer el orden en las diversas partes de esta nueva ciencia; y á pesar de esto hay en él tal caos y confusión, que cuando el lector pierde un pasaje del que luego necesita, es imposible volverlo á hallar, á no ser que pase oja por oja, ó vuelva á leer entera su voluminosa obra. Fourier había caído evidentemente en una monomanía, como sucede á todos los métodos científicos cuando degeneran, cuando nos valemos de ellos fuera de ciertos límites; entonces ya no sirven más que para extraviar el entendimiento.

Carlos Fourier nunca ha sido enemigo de la religión, y si su cabeza aérea le condujo á emitir doctrinas contrarias á la que enseña la Iglesia, no por eso quedó menos persuadido de que era siempre cristiano. Habiendo escandalizado en la casa de ayuntamiento de Paris algunos jóvenes falansterianos, Fourier no quiso llevar la responsabilidad. En consecuencia escribió al periódico *la Paz* una carta, en la que desaprobaba altamente las doctrinas anticristianas profesadas por sus discípulos, declarando al mismo tiempo que él había nacido y quería morir en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana. Las personas á quienes este prudente y honroso paso crítica se aproximaron al momento á Fourier, y obtuvieron de su debilidad, á fuerza de instancias, que retirase su carta que contenía la desaprobación de sus obras. Sin

embargo, es cierto que la había escrito espontáneamente, de lo que nos es lícito deducir que en el hecho de Fourier hay más alucinación que herejía.

Victor Considerant, autor del *Destino social*, obra en la que trata de demostrar el sistema de Fourier, y que también ha intentado propagar oralmente en muchas ciudades de Francia, redacta la *Falange*, diario forerista, creado con el mismo objeto de propagación.

No hace mucho que Carlos Fourier y su hijo científico Victor Considerant han querido plantear un falansterio en el desierto de Hambouillet. Allí veinte entusiastas pretendían abonar 200 acres (4) de tierras incultas, sembrarlas y segarlas; y no cogieron en un pequeño jardín de una cerca modelo en *esperanza* más que 10 hectolitros de habas, y uno solo de patatas, sin embargo que procedían con sumas enormes, y un diputado de Etampes consumió 2,000 frs. en este ensayo infructuoso. Nos reímos de lastima al ver los esfuerzos insuficientes, y el cristiano exclamaba: «Estos hombres remueven las pasiones populares y las arenas del desierto; no recogieron más que tempestades y la ceniza de sus matorrales; porque para estas empresas difíciles se necesita un principio inmortal, como la fe y la abnegación del trapense; como está escrito: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laborant qui edificaverit eam.*»

Desearnos ardientemente que la sociedad llegue á ser poderosa por la sistematización armónica de las fuerzas ó intereses materiales, es decir, por la organización del trabajo, con tal que se proceda á esta grande obra con ideas cristianas; sino todos los elementos de riqueza que hayamos adquirido serían para nuestra confusión. Es un sistema muy pequeño y falso el creer todo el destino del hombre en la palabra útil. El hombre ha poseído la verdad, y está llamado á saciarse con ella y gozarse de nuevo. Apoyado en la base indestructible de la revelación evangélica, y asistiendo al áncora de salvación, que es la Iglesia, puede sin temor de extraviarse dar curso á su inteligencia. Entonces elevará su alma hacia el cielo, en donde reconocerá la mano que lo ha criado y el término de su peregrinación. Llamando en su auxilio la analogía universal, que consiste en remontar los emblemas á sus tipos, aspirará á reproducir el gran modelo, cuya semejanza lleva, y se esforzará en ser perfecto, como lo es el Padre celestial, y verdadero imitador de Dios. Los

(1) Medida francesa de tierras de 60 perchas, cada una de estas tiene 18, 20 ó 22 pies cuadrados.

falansterianos y los humanitarios (*écese esta palabra*) en vano intentarían buscarlo; nunca hallarían mas bella formula del progreso social.

El sistema y delirantes utopías socialistas de Fourier llegaron á descareñarse apenas fueron examinadas sus bases á la luz de la buena filosofía y de la crítica imparcial y segura. Gran imitador del sistema samoniano, formuló un plan humanitario con mezcla de intereses materiales y morales, que difícilmente puede apreciarse en su extravagante extensión. Ello es que rehabilitando el paganismo, amalgamado con un principio de fraternidad universal tomada de la religión cristiana, compuso un romance monstruo de industria, fruto de su imaginación tan fecunda como desahogada; y por mas que en este artículo se afirma que Fourier siempre estuvo adherido á la religión, aparece de su *falansterio* una serie de absurdos deducidos de principios falsos y opuestos á la religión, así como á la experiencia de todos los siglos. Juzguese de las tendencias de sus doctrinas por las proposiciones siguientes que son como su resumen.

1.º El hombre no es un ser creado; no trae al nacer vicio alguno original.

2.º Resulta el mal moral, no de alguna inclinación funesta de la naturaleza, sino de una mala organización social.

3.º El fin del hombre es hacerse dueño del globo y explotarle, de modo que se procure todo el bienestar de que su naturaleza es susceptible.

4.º No está el hombre obligado á mortificar sus sentidos, ni á someter el cuerpo al espíritu. Su única ley es entregarse á sus inclinaciones y satisfacer sus apetitos sensuales.

5.º El hombre debe gozar en sociedad de una libertad ilimitada. Exento de todo temor y sujeción, no debe hacer mas que lo que le agrada.

6.º Nada obliga al hombre á ocuparse de Dios, ni de sus semejantes: pensando cada cual en sí mismo exclusivamente, resultará el bien general de los esfuerzos que haga cada uno en provecho propio.

7.º Establecido el falansterio no habrá ni choques de interés, ni querrelas de amor propio, ni conflictos de pasiones; todo será lo mejor en el mejor de los mundos posibles.

Semejantes proposiciones concueñan lastimosamente desde el dogma de la caída original hasta las bases de la vida cristiana y social. Nada de la inmortalidad del alma; nada

de mortificaciones, ni abnegación; nada de caridad: solo el mundo de los sentidos, de los intereses materiales, de los goces y placeres sensuales; solo el egoísmo; sola la edificación de la materia: el orgullo, la demencia del yo humano, el delirio mas perjudicial que puede reducirse á sistema, hé aqui las bases del nuevo Babel soñado por el autor de las *falanxes, grupos y falansterios*.

Afortunadamente, y á pesar del epicureísmo de nuestra edad, ha pasado este sistema como una ráfaga imponente que desaparece, sin mas consecuencia que la impresión producida en los ánimos de mil incautos entusiastas; siendo evidente que ensayada la armonía de Fourier hubiera ofrecido una fiel imagen de todos los desórdenes y aberraciones del paganismo, conduciendo al hombre de placer en placer hasta el estado de los brutos.

Véanse los números 354, 628 y 630 de *El Católico*.

Fracción de la Hostia. V. Misa.

1.º FRACCIÓN DE LA HOSTIA. Es la acción por la cual divide el sacerdote las especies sacramentales, quedando Jesucristo en todas y en cada una de las partes real y verdaderamente, ó lo que es lo mismo en su propia real sustancia. Por consiguiente, la fracción no se hace del cuerpo de Jesucristo que permanece íntegro, sino de los accidentes bajo los cuales está en la sagrada Eucaristía.

Véase ACCIDENTES EUCHARÍSTICOS. En 1661 se celebró en Cassel una conferencia entre los calvinistas de Marpourg y los luteranos de lintel relativamente á la fracción de la hostia; y no obstante de creerla necesaria los primeros para la integridad del sacramento, y los otros no necesaria, quedaron acordes, considerándose ambos partidos como hermanos. Hubo sin embargo en la avenencia una cosa notable, que consiste en las explicaciones de las partes contratantes, y en los términos en que estaba concebido el convenio. Acusaban los calvinistas á los luteranos de que en la celebración de la Eucaristía omitían la fracción, que era de institución divina; fundándose en que hace parte del sacramento, como símbolo del cuerpo partido que Jesucristo quería dar á sus discípulos, y que por esta razón la practicó el Salvador; y añadían que estaba mandada por el mismo Jesucristo en aquellas palabras: *Haced esto*. Hé aqui lo que negaban los luteranos de Rintel, cuya descendencia no impidió el acuerdo, que los de Marpourg explicaron diciendo: « Que la fracción pertenecía no á la esencia, sino únicamente á la integridad del sacramento, pues era necesaria, ya por el ejemplo de Jesucristo,

ya por su mandato; y que así los luteranos no dejaban sin la fracción del pan de tener la sustancia de la cena, y que podían tolerarse mutuamente. » Hé aqui el aprecio y respeto que profesaban los calvinistas de Marpourg á una cosa que, segun ellos mismos, era de institución divina; que formaba parte del sacramento; y fué practicada, y mandada por Jesucristo. V. Misa.

Franciscanos, franciscanas. Religiosos y religiosas instituidos por S. Francisco de Asís á principios del siglo XIII. La regla que les dió fué aprobada primero por Inocencio III, y confirmada despues por Honorio ó Honorato III el año 1223. Uno de los artículos principales de esta regla es la de la pobreza absoluta, ó el voto de no poseer nada ni propio ni comun, sino vivir de limosnas.

Esta orden habia ya hecho progresos considerables cuando murió su santo fundador en 1226. Se multiplicó de tal modo, que nueve años despues de su fundación hubo en un capítulo general celebrado en Asís 9,000 diputados de sus conventos, y probablemente habia en él muchos de cada orden. Todavía en la actualidad, aunque los protestantes hayan destruido muchísimo número en Inglaterra, en Alemania y demas países del Norte, se dice que esta orden posee 7,000 casas de religiosos bajo diferentes nombres, y mas de 900 conventos de monjas. En sus últimos capítulos se han contado mas de 15,000 religiosos y mas de 28,000 religiosas.

No tardaron en dividirse en diferentes ramas; los principales son los franciscanos, divididos ellos mismos en conventuales y observantes, los capuchinos, los recoletos, los terceros ó religiosos penitentes de la orden tercera y llamados en Francia *Picpos* ó *Picpus*; tambien hay otras muchas reformas de franciscanos en Italia, en España y otras partes. Inablenemos de estos diversos institutos ó congregaciones en sus nombres particulares. Algunos son religiosos hospitalarios que han abrazado la regla de S. Francisco, como los hermanos míimos-enfermeros ú obregones, los buenos hijos, etc., y no son estos los menos respetables.

Si las virtudes de S. Francisco no hubiesen sido tan auténticas como lo atestiguan los autores contemporáneos, esta multiplicación tan rápida y extensa de su orden hubiera sido un prodigio inconcebible; mas el santo formó discípulos que se le parecían, el ascendiente de sus virtudes ganó miles de prosélitos. Este fenómeno, que tan constantemente ha aparecido en todos los siglos, se renovará

hasta el fin del mundo; porque la virtud bajo cualquier forma que se presente tiene derechos imprescriptibles sobre el corazón de los hombres.

Sin embargo, los protestantes no han omitido nada para persuadir que el nacimiento de la orden de franciscanos ha sido una calamidad y una degradación para la Iglesia. Pero los que hablan de este modo ellos mismos presentan hechos que demuestran lo contrario, y que prueban que ninguna orden ha hecho mayores servicios; han calumniado á su fundador, y no se necesita mas que de sus escritos para hacer completamente su apología. Dicen que verdaderamente S. Francisco fué un hombre piadoso y bien intencionado; pero unia á la ignorancia mas grosera un espíritu debilitado por una enfermedad de que habia sido curado; que cayó en una especie de devoción extravagante, que se aproximaba mas á la locura que á la piedad: así ha hablado el obispo de Mosheim, *Hist. ecles., siglo XIII, 2.º p., c. 2, § 25.* ¿Este cuadro le es parecido?

El mismo escritor nos hace observar, que en el siglo XII y á principios del XIII estaba infestada la Iglesia por una multitud de sectas de herejes; los cátaros albigenses ó baideses, los discípulos de Pedro de Bruys, de Tinguellino, de Arnaldo de Brescia, los valdenses, los *capucinati*, los apostólicos, etc., cada uno dogmatizaba por su lado. Todos se reunieron para exaltar el mérito de la pobreza evangélica; acriminaban á los monjes, á los eclesiásticos y á los obispos, porque no tenían la vida pobre, laboriosa y mortificada de los apóstoles, sin la que, decían, no se puede alcanzar la salvación; obligaban á sus propios doctores á practicarla; con este artificio seducían al pueblo. Mosheim pretende que en efecto el clero carecía de luces y de celo, que las órdenes monásticas estaban enteramente corrompidas, que ambos dejaban triunfar impunemente á la herejía. « En estas circunstancias, dice, se conoció la necesidad de introducir en la Iglesia una clase de hombres que pudiesen con la austeridad de sus costumbres, el desprecio de las riquezas, la gravedad de su exterior, la santidad de su conducta y de sus máximas, parecerse á los doctores que habian adquirido tanta reputación en las sectas hereéticas. » *Ibid., § 21.*

Ahora bien, hé aqui precisamente lo que pensó S. Francisco, este pretendido imbecil ignorante; vió el mal, conoció el remedio, y tuvo el valor de ponerlo en práctica; y Mosheim se ve precisado á convenir en que lo consiguió perfectamente. ¿Qué mas hubiera

podido hacer un hábil y profundo político?

En efecto, confiesa nuestro censor que estos religiosos, teniendo una vida más regular y más edificante que los demás, adquirieron en poco tiempo una reputación extraordinaria, y que el pueblo les tuvo un aprecio y veneración singulares. El afecto hacia ellos, dice, se llevó a exceso, el pueblo no quería recibir los sacramentos mas que de sus manos; las iglesias estaban sin cesar llenas de gente; allí era donde se hacían las funciones devotas y donde se quería ser enterrado. Se les empleó no solo en las funciones espirituales, sino también en los negocios temporales y políticos; se les vio terminar las diferencias que había entre los príncipes, concluir tratados de paz, proporcionar alianzas, presidir á los consejos de los reyes y gobernar las cortes. En atención á sus servicios, los papas los colmaron de gracias, de honores, distinciones y privilegios, de inmunidades, de indulgencias, etc. *Ibid.*, § 23 y 26. Hasta ahora no vemos en qué haya pecado S. Francisco, ni en qué sentido la fundación de su orden haya sido una desgracia para la Iglesia.

El crédito excesivo de los religiosos mendicantes, dice Mosheim, fué lo que les hizo interesados, ambiciosos, intrigantes, rivales, y por último enemigos declarados del clero secular. No quisieron reconocer la jurisdicción de los obispos, ni depender de ellos de ningún modo; ocuparon las prebendas y empleos más importantes de la Iglesia; quisieron desempeñar las cátedras en las universidades; sostuvieron con este motivo las disputas más indecentes; los papas, por su imprudencia de autorizarlos en la mayor parte de sus pretensiones, se colocaron en un cúmulo de dificultades. Una parte de los *franciscanos* acabó por sublevarse contra los mismos pontífices, cuando quisieron convenirlos con motivo del voto de pobreza. A pesar de las bulas de muchos pontífices, los llamados *hermanos menores*, *tercerarios espirituales*, *beardos* y *beguinos* formaron cisma con sus obispanos, fueron condenados como herejes, y algunos quemados por los inquisidores.

Demos por supuestos todos estos hechos, y veamos lo que resulta de ellos: 1º Seria injusto hacer responsable á S. Francisco de lo que ha sucedido más de un siglo despues de su muerte; no estaba ciertamente obligado á preverlo, y su regla ninguna ambicion da á los religiosos, pareciendo compuesta expresamente para prevenirla y sofocarla. 2º Seria necesario examinar si todos estos inconvenientes tan exagerados han producido más

males á la Iglesia que bienes los trabajos de los *franciscanos*; sostenemos desde luego que el bien que han hecho excede en mucho al mal. Han destruido inensiblemente la mayor parte de las sectas que perturbaban la Iglesia; han reanimado la piedad en el pueblo que estaba casi extinguida; las mismas disputas han contribuido á sacar al clero secular de la inercia en que estaba sumergido, y han hecho nacer un germen de emulación; han compuesto excelentes obras en un tiempo en que no era fácil formar buenos escritores; un gran número se han dedicado á las misiones extranjeras, y todavía trabajan en ellas, etc. Cuando echamos en cara á los protestantes la ambicion, el espíritu sedicioso, las disputas violentas, el furor con que se entregaron á ellos sus primeros apóstoles, nos responden que estos defectos de la humanidad deben perdonarse en favor del bien que resulta de ellos. Quisiéramos saber si esta excusa no tiene lugar con respecto á los *franciscanos* y demás mendicantes como con respecto á los apóstoles de la reforma.

Mosheim aplaude á los hermanos menores y demás *franciscanos* sublevados el que con sus escritos fogosos y sediciosos hayan contribuido á indisponer á los pueblos contra la autoridad de los papas, y que de este modo han preparado el camino de la reforma. En cuanto á nosotros, tenemos mas justo motivo para aplaudir el celo con que los *franciscanos* en general, como los demás religiosos, se han opuesto á los progresos de esta pretendida reforma, y han trabajado para preservar á los pueblos del contagio de esta herejía. Muchos han sacrificado generosamente su vida en defensa de la fe católica; y si Mosheim hubiera querido recordar la multitud de víctimas que los protestantes han sacrificado á su furor, quizá hubiese insistido menos en el número de fanáticos condenados por la Inquisición.

No ha dejado de renovar la memoria de las fábulas que escritores ignorantes han puesto en las vidas que han hecho de S. Francisco, la historia de sus llagas, el libro de la *conformidad de S. Francisco con Jesucristo*, las obras que se han escrito en pro y en contra, etc. Pretende que el mismo S. Francisco se imprimió estas llagas en un acceso de devoción cuando se retiró al Monte Alberto; que hay en las historias de este siglo muchos ejemplos de estos *fanáticos llagados*, que habian entendido mal las palabras de S. Pablo, *Galat.*, vi. 17: «Por lo demás que nadie me apesadumbre; porque llevo en mi cuerpo las llagas de Jesucristo.»

No es este el lugar de discutir este hecho; puede verse lo que ha dicho sobre esto el juicioso autor de las *Vidas de los PP. y de los mártires*, á 6 de octubre. Aun cuando el hecho fuese como pretende Mosheim, todavía se deduciría que S. Francisco no ha tenido ninguna parte en la opinión que se estableció despues de su muerte, á saber, que estas llagas le habian sido impresas milagrosamente, puesto que ningun testigo ha dicho que S. Francisco lo haya asegurado así; al contrario ocultaba estas heridas con el mayor cuidado. Que entre sus religiosos ha habido escritores ignorantes, animados de un falso celo por la gloria de sus fundadores, crédulos y ávidos de maravillas, esto no es de admirar, puesto que durante el siglo XIII y el XIV los hubo en todas las clases. En la actualidad se está ya curado de esta enfermedad, y tiene poca gracia el que los protestantes supongan que subsiste todavía entre los católicos.

Á la verdad que no todos los protestantes están tan prevenidos contra los *franciscanos*; sabemos con entera certidumbre que los capuchinos que viven cerca de los luteranos reciben de ellos tantas limosnas como de los católicos; que con frecuencia imploran el auxilio de las oraciones de estos buenos religiosos en sus necesidades y les dan limosnas para misas. Esio nos parece probar lo que ya hemos dicho, que la virtud se hace respetar en cualquier parte donde se halle, que aun muchas veces triunfa de las preocupaciones de religion. Esio es tambien una prueba de que á nadie más que á los *franciscanos* y demás religiosos pertenece el recuperar el aprecio, la consideración y el crédito de que han gozado antiguamente. Que vuelvan sin ruido, sin disputa, sin rebelion contra la autoridad á la estricta y severa observancia de su regla, los que será el pueblo, los aplaudirá el clero secular, el gobierno los protegerá, y sus mismos enemigos se verán obligados á respetarlos. V. MENDICANTES. *Hist. de las órdenes mendicantes*, t. 7, etc.

FRANCISCANAS. Religiosas que siguen la regla que les dió S. Francisco el año 1224. Se llaman tambien *claras*, porque Sta. Clara fué la santa fundadora. Esta virtuosa doncella habia ya abrazado la vida religiosa bajo la dirección de S. Francisco, el año 1212, á la edad de 18 años, y ya habia formado monasterios no solo en muchas ciudades de Italia, sino tambien en Francia y en España, cuyas religiosas segulan la regla de S. Benito y constituciones particulares que habian recibido del cardenal Hugolino. Las del monasterio de Asis se consagraron particularmente

á imitar la pobreza y las austeridades que eran practicadas por los discípulos de S. Francisco. Este santo fundador las habia colocado en una casa que estaba contigua á la Iglesia de S. Damian, compuso para ellas una regla sobre el modelo de la que habia hecho para sus religiosos, y bien pronto fué adoptada por otros monasterios de monjas.

Hubiendo parecido despues demasiado austera esta regla para personas delicadas, el papa Urbano IV la mitigó el año 1253, y permitió á las *claras* el poseer rentas; mas las de S. Damian y algunas otras no quisieron esta mitigación, y perseveraron en la estricta observancia de la regla de S. Francisco. De aquí nació la distinción de *urbanistas* y *damianistas* ó *claras pobres*.

En lo sucesivo, aun entre las mismas urbanistas, muchas casas volvieron á la estricta observancia de la regla, principalmente por la reforma que introdujo en ella en el siglo XV Sta. Coleta, llamada en el mundo Nicolasa Boilet, que nació en Corbia, en Picardia, y murió el año 1447. Siempre que se han hecho reformas en las *franciscanas* ha habido *claras* que han abrazado una manera de vivir tan análoga y austera. Así, además de las urbanistas, se conocen las *cordeleras* ó *claras reformadas*, que llamamos en Paris hermanas del *Ave Maria*, las capuchinas, las recoletas, las terceras ó penitentes de la órden tercera, conocidas en Paris con el nombre de hermanas de Sta. Isabel, etc.

Á imitación de los religiosos, ha habido *franciscanas* hospitalarias, como las hermanas grises, las hermanas de la Faille, de la Celle, etc. Segun el modelo de las hermanas grises es como S. Vicente de Paul instituyó las hermanas de la caridad.

FRANCFORT (*Asamblea de*). Reunión de los luteranos el año 1538 en dicha ciudad, con el objeto de ponerse de acuerdo para formular una profesion de fe acerca de la Eucaristia. Esta reunion tenia que llevar el rumbo de las anteriormente celebradas. Así es que se empezó haciendo en ella las salvedades de que no se haria mas que repetir la confesion de Augsburgo; con todo, y á pesar de los proyectos de firmeza en las ideas, no fué posible á los luteranos destruir la esencia de las cosas, y sabido es que su carácter constitutivo, como el de todas las sectas y errores, es variar á cada paso, y en todas circunstancias. Añadióse pues á la confesion de Augsburgo, no obstante las protestas, «que Jesucristo era dado en el uso del sacramento verdadera y sustancialmente, y de una manera vivificante; que este sacramento contenia

dos cosas, es decir, el pan y el cuerpo; y que era una invención de los frailes, ignorada de toda la antigüedad, el decir que el cuerpo nos sea dado en la especie de pan. »; «Extraña confusión! exclama Bossuet. Decíase que no se hacía mas que repetir la confesión de Augsburgo, y sin embargo esta expresión que se condenaba en Francfort, que *el cuerpo estuviere presente bajo las especies*, se halla en una de las ediciones de la confesión que se protestaba repetir, y también en la edición que en la misma ciudad se reconocía por tan verdadera, que al presente en los libros rituales de que se sirve la Iglesia francesa de dicha ciudad, se lee en el artículo X de la confesión de Augsburgo lo que sigue: «Que se recibe el cuerpo y la sangre bajo las especies del pan y del vino.»

Así acreditaba la reforma en todos sus procedimientos, que habiendo roto en su origen los vínculos de la autoridad y de la unidad católica, se veía precisada á no ser consecuentemente sino en sus extravíos y errores, de continuo revestidos de nuevas formas, y llevados adonde soplabla el viento impetuoso y malsano de los intereses y pasiones.

Francmasones, Francmasonería. Muchos autores pretenden que los *Francmasones* traen su origen de los templarios, y Nicolás quiere por los primeros conocer el secreto de los últimos.

Sostiene Barruel que en los altos grados de la masonería se enseña, que el objeto de la institución es vengar á Santiago Molay, gran maestro de los templarios, y matar al rey que le hizo perecer. Refiere después las doctrinas de los *Francmasones*, de los *crus-roses*, de los *martinistas*, la de los albigenses, resto de la heresia de Manes, á quien llama el primer *francmason*. Según él, todas estas sectas trabajaron en la destrucción de la religión y de los gobiernos, y su reunión á los filósofos produjo la revolución francesa.

M. de Hammer cree que la sociedad de los *Francmasones* es mas antigua que la órden de los templarios, que quizá se remontan hasta los astrólogos de Roma, que en tiempo de Domiciano eran llamados *matemáticos*. Cita en apoyo de esta conjetura los símbolos semejantes á los de los *Francmasones*, que halla en las losas sepulcrales, sin que las inscripciones que contienen puedan hacer sospechar que estos instrumentos estaban destinados para designar una profesión. Se inclina á creer que aun la fórmula *sus ascia*, sobre la que tanto se ha discutido, bien podría ser un indicio gnóstico ó *francmasónico*. Sea

de esto lo que quiera, M. de Hammer señala como la primera *logia de Francmasones* aquella casa de *sabiduría* (darol-hikmet) que Hakem fundó en el Cairo á fines del siglo XI; se enseñaban en ella la filosofía y las matemáticas, pero á esta enseñanza pública se unía una doctrina secreta; los iniciados pasaban por muchos grados, y en el mas elevado aprendían á no creer nada, y que todos estaba permitido. Misioneros de esta doctrina se esparramaron en toda el Asia, y fundaron el poder de los ismaelitanos ó asesinos. Su primer príncipe iniciado en el Cairo se estableció en Persia, desde donde daba órdenes á sus lugartenientes; uno habitaba el Corasan y otro la Siria; este último es célebre bajo el nombre de *Fiejo de la montaña*. Una tradición decía que un templario, Gautier de Montbar, habia recibido en una caverna el conocimiento de una doctrina secreta que le habia sido comunicada por algunos sabios del Oriente; esta doctrina llegó después á los caballeros de la órden. Parece probable que la veracidad de los ismaelitanos ha influido en los templarios. M. de Hammer demuestra el íntimo enlace que existe entre la doctrina de los gnósticos y de los ófitas, los sistemas cosmológicos de los persas, la mitología de los sirios y de los egipcios. Coloca en la India el origen de sus opiniones, y en parte las halla en la mitología de los griegos, y aun en los escritos de sus filósofos. Concluye asegurando que cuando vemos en un edificio de la edad media figuras que representan una figura andrógina *Meté* (véase *Bavmetro*), monstruos con cabeza de perro y cuerpo de serpiente ó de pez, un dragon tragando á un niño ó atacado por un caballero, un leon domado por un hombre, ó por último figuras humanas teniendo serpientes, debemos considerarlas como huellas de los gnósticos iniciados ó *francmasones*. Hé aquí como, despues de haber hecho conocer las opiniones sistemáticas de los ófitas, establece que su doctrina, los símbolos, ídolos y esculturas de los vasos que ha referido al culto de *Meté*, tienen grande analogía con los símbolos de los *francmasones*.

1.^o La *crus truncada*, signo del falo del árbol de la vida, de la nave, de la ciencia, del bafometo, ha venido á ser el *mazo* de los *francmasones*.

2.^o El *culto místico*, el vaso cosmogónico, símbolo gnóstico del *etis* ó sexo femenino, se halla en las pítteras de los *francmasones*. Este es el vaso de los misterios de Chibéles, de Mithra, de Isis, de Baco, de los Orfos; es la urna santa de los egipcios descrita por Apuleo.

3.^o La *serpiente* que conduce á la *verdadera ciencia* corresponde al *cordon* de los templarios y *francmasones*. M. de Hammer ve en ellos los símbolos de los vicios infames de los ófitas y templarios.

4.^o El *velo* con que se cubre Achamot corresponde entre los *francmasones* al velo del templo. Aquel de que habla Pherecidas es una antigua tradición que se refiere á la caída del hombre, y los gnósticos han sacado su narración de Achamot.

5.^o La *cadena*, este es el collar que llevan algunas de las figuras bafométricas. Es la *cuerda* que llevan en el cuello los *francmasones* en ciertas ceremonias. Es también la cadena de Homero y de Hérmes.

6.^o La *piel de leon* que cubre la parte inferior del cuerpo de los bafometos, y que anuncia la abolición del culto de Jaldabaoth, del que es despojo, ha sido trasformada en *deltantal* por los *francmasones*. Los esenios y los iniciados de Eleusis tenían un uso semejante; estos últimos iban ceñidos con una piel de cervatillo.

7.^o La *férula*, planta que desempeñaba su papel en los misterios de Baco, quizá es la *regla* de los *francmasones*.

8.^o y 9.^o El *candelero de siete brazos* y el *libro* son símbolos del antiguo y nuevo Testamento.

10, 11 y 12. El *sol*, la *luna*, la *estrella*. Los dos primeros han recibido un culto entre los pueblos mas antiguos, y la *estrella flamante* se halla entre los *francmasones*. La letra G inscrita en este signo es la inicial de *Gnosis*.

M. de Hammer no limita á estas observaciones los puntos de contacto que establece entre los *francmasones* y los templarios.

En las paredes del castillo de Pottenstein, que posían antiguamente los caballeros, se ve una figura de mujer que tiene un martillo y que está colocada entre dos columnas, de modo que parece detenerlas en su caída. Esta figura llamada el *Obrero*, no es otra cosa que *Meté*. Su martillo ó *mazo* es el signo bafométrico, y se esfuerza en contener las columnas del templo de Salomon. En la caída de estas dos columnas, que los trabajos de los *francmasones* tienen por objeto levantar, halla M. de Hammer el origen de la cruz de S. Andres.

Prosiguiendo estas relaciones, descubre las cabezas de los tres asesinos de Adoniram, que están representadas por los *tres nudos* de los cordones de los *francmasones* en una sepultura de la iglesia de Schoengraben, antigua residencia de los templarios, en donde se ve, según él, á Jaldabaoth tocando con un tridente tres cabezas, que están en una cesta. Una

de aquellas piedras grabadas, que llaman *abrazas*, presenta un asunto análogo; se ven tres cabezas unidas á la rama de un árbol.

Por último el número *trece* era igualmente sagrado entre los gnósticos, los templarios y los *francmasones*, y el *bautismo de fuego* de los gnósticos se halla también en estos últimos con el nombre *bautismo de luz*.

Lo mismo que los estatutos de los templarios, descubiertos á fines del último siglo, no regían mas que para lo comun de los caballeros, y no estaban destinados sino para mejor ocultar una *doctrina secreta*, á la que no se llegaba sino por una iniciación; así también la organización de los *francmasones* y el objeto aparente de sus asociaciones, con el que se contenta la multitud de los adeptos embaucados con distracciones ó ideas de filantropía, ocultan el objeto real que se proponen los iniciados y las graves tendencias de esta sociedad secreta.

La francmasonería, ocupándose mas ó menos directamente de la religion, de la moral, de la política, ataca las creencias sociales, y por su acción intelectual efectúa una revolución en los entendimientos, cuyas opiniones, modificadas incensantemente en las reuniones masónicas, acaban por dirigirse al objeto secreto de la asociación.

En Francia, las agregaciones cubiertas con el manto de la *francmasonería* no forman una sociedad única, y se dividen en cuatro fracciones principales: las *logias del rito moderno*, las del *rito escoces antiguo y aceptado*, las del *rito de Miorhain*, por último, la asociación llamada de los *templarios*. Estas diversas agregaciones tienen sus intereses particulares, sus rivalidades, sus querrelas. En efecto, además de que toda institución humana contiene el germen de la discordia, la francmasonería oculta los que le son propios. Por un lado el espíritu de libertad y de igualdad que la constituye hace soportar con impaciencia á un gran número de sus miembros el yugo de los superiores jerárquicos. Por otro, estos, en premio de los torrentes de luz que derraman, reciben por las contribuciones de las logias su oro, del que deben disponer para el bien comun, para cuyo empleo queda cubierto de nubes. De aquí las sospechas, las celosas ambiciones que aspiran al doble privilegio de agotar al mismo tiempo las fuentes de la luz y de la riqueza. Además, todos los ánimos no tienen el mismo sistema, ni todos los caracteres la misma energía, de modo que los unos quieren revoluciones sin violencia, mientras que otros no titubean en caminar sobre sangre al objeto deseado. Mas,

trabajadas por disensiones intestinas las sociedades secretas (*vease* esta palabra), no están menos acordes en el objeto de su común aborrecimiento; aunque no convengan en el modo de destrucción, se unen todos para destruir. La máxima fundamental de su política es valerse de todas las opiniones, de todos los intereses por opuestos que sean, con tal que bajo algún concepto sean hostiles á la religion y á la sociedad. Así en Francia, en donde el espíritu de impiedad estaba esparcido en las últimas clases, han favorecido los intereses democráticos. Al contrario en España, donde hallaban en el pueblo una feinalterable y el filosofismo en las altas clases, han apoyado los intereses de la aristocracia contra la autoridad del monarca. No hay una opinion falsa en los ánimos de la que no hayan tratado de aprovecharse, un pensamiento de insubordinación que no hayan acogido, un odio que no se hayan esforzado en arrollar bajo su bandera, en el punto de vista mas general no son mas que liga de todos los errores y pasiones.

Clemente XII y Benedicto XIV, por las constituciones *in eminenti* del 28 de abril de 1738, y *Providas* del 28 de mayo de 1751, condenaron y prohibieron la asociación *dei Liberi muratori*, ó *francmasones*, lo mismo que las sociedades designadas con otros nombres, segun la diferencia de las lenguas y de los países.

Despues de la revolucion de 1830, los templarios que formaban una de las ramas de la francmasonería, salieron un momento de su secreto. Se les vió en Paris parodiar en la corte milagros, con ricos vestidos de paladines y caballeros venidos del Oriente, restos marchitos de los héroes de teatro. Su gran maestro, Fabrè-Palapat, reunia, decia, en su cabeza muchos títulos sagrados. Pretendia descender jerárquicamente del apóstol y evangelista S. Juan. Poseia los archivos auténticos de los antiguos templarios (*vease* esta palabra), era el pontífice supremo del rito joanita, y ofrecia presentar las garantias de su consagración episcopal y de su elección en calidad de gran maestro de la orden. Dos eclesiásticos recibieron de Mr. de Quelen, arzobispo de Paris, misión para ver á este personaje tan pomposamente ridículo. Se temia que en efecto Grégoire, de quien era amigo Fabrè-Palapat, se prestara á transmitir el carácter sagrado del episcopado á este jefe de la sociedad secreta. Pero, á pesar de todas las pretensiones de Fabrè-Palapat al carácter episcopal, fué demostrado que el antiguo obispo de Loir-et-Cher no se la habia conferido. Tampoco prueba nada que Mauviel,

obispo constitucional de Sto. Domingo, le hubiese dado esta consagración de que se prevaleia. Solo apareció cierto que Fabrè-Palapat era un sacerdote constitucional de la diócesis de Ally. Durante la revolucion fué á Paris, hizo sus estudios médicos, se casó y llegó á ser bastante notable en la sociedad secreta de los templarios para ser elegido su jefe. Esta asociación contaba en su seno un gran número de notabilidades del tiempo, sobre todo entre los liberales bajo la Restauración. Pero muchos personajes políticos de la nueva revolucion negaron sus relaciones con el gran maestro, que entregaba á la risa del público un culto y ritos secretos apreciados por ellos; es bien cierto que su elevada posición en el nuevo orden de cosas no debía permitirle la ostentación de semejante ridiculo. El jefe del templo no persistió menos en establecer en Francia el culto *joanita*, y reproducir fuera los ritos de los templarios, *restos sepultados en la sombra de Santiago Molay*. Al principio creyó haber hallado un instrumento de propagación en el abad Châtel (*vease* IGLESIA CATÓLICA FRANCESA); desengañado él mismo, negó la creencia de la pretendida consagración de este apóstata. El ruido que hizo esta escena, lo ridiculo de las reuniones de la corte, de los milagros donde se celebraba la misa con espada en mano, y por último toda la metralla de los periódicos grandes y pequeños que cayó sobre estas antiguallas del templo, obligaron al gran maestro Fabrè-Palapat á retirarse de semejante teatro, y volver á tomar su estado de médico y cura callos. Lo que le quedó mas serio fué la cruz pectoral de Grégoire, que se la habia legado al morir como prenda de intimidad; aunque no haya habido entre ellos mas que las relaciones concernientes á los cuidados que el doctor pudo dar á la salud del austero Grégoire. Despues murió Fabrè-Palapat, habiendo visto antes la destitución del culto joanita, y su título de gran maestro puesto en duda por el mayor número de los antiguos templarios.

FRATRICELOS. V. HERMANOS MENORES.

Fraude padoso. Mentira, impostura, engaño cometido por motivo de religion y con el designio de servirla. Este es un pecado que la pureza del motivo no puede excusar, y que la misma religion condena. « Dios, decia Job á sus amigos, no necesita de vuestras mentiras, ni de discursos impostores para justificar su conducta. » **XIII.** Jesucristo ordena á sus discipulos que unan la sencillez de la paloma á la prudencia de la serpiente. *Mat.*, x, 7. Repueba toda clase de mentira cual-

quiera, sea cual fuere el motivo, y dice que es obra del demonio. *Joan.*, viii, 44. S. Pablo no queria ni aun que se pudiese sospechar. *Rom.*, iii, 7. « Si por mi mentira, dice, ha brillado mas la verdad de Dios con su gloria, ¿ por qué se me condena todavía como pecador? y por qué no haremos el mal, para que suceda el bien? (Segun publican algunos que lo decimos por una calumnia que nos imputan.) »

Sin embargo se acusa á los PP. de la Iglesia, aun á los mas antiguos, de no haber seguido esta moral; de haber pensado, al contrario, que era permitido seducir y engañar por causa de religion; y haber puesto en práctica muchas veces esta máxima. Daillé les ha hecho este cargo; Beausobre, Mosheim, Le Clerc se han esforzado en probarle; Brucker le ha repetido bajo la palabra de Mosheim; tal es la opinion comun de los protestantes, y los incrédulos han sido fieles en seguirla. Barbeyrac, á pesar de su afición á deprimir á los PP., no ha insistido sobre esto, porque hace profesion de creer que la mentira oficiosa es permitida; y aun le ha parecido muy mal el que S. Agustín y demás la hayan condenado absolutamente. Preciso era que los censores de los PP. fuesen del mismo parecer.

Pero si es falsa su acusación, si no estribaba mas que en conjeturas aventuradas, en hechos desfigurados, en pasajes mal interpretados, ¿ será por su parte un *fraude padoso* ó malicioso? Al lector toca juzgar.

Beausobre, incomodado de lo que se ha oído en cara á los manuscritos que forjaron libros falsos para sostener sus errores, pretende que no ha habido nada de esto, que los católicos son los culpables de este crimen, que han supuesto los libros apócrifos en grandísimo número; nos hace observar que los PP. no han tenido escrupulo de citarlos y valerse de ellos. *Hist. del maniqueísmo*, t. 2, l. 9, c. 9, § 8, *anim.* 6. Lo mismo ha dicho Le Clerc. *Hist. ecclési.*, año 122, § 1. En la palabra *Ascario* hemos demostrado la injusticia de esta acusación, hemos observado que los libros apócrifos no son ni en tanto número, ni tan antiguos como se supone comunmente; que muchos han sido escritos de buena fe, sin ningun designio de engañar, pero por escritores mal instruidos, que despues se han atribuido á autores respetables, por equivocac el nombre con falsas indicaciones, no por malicia sino por defecto de critica. De modo que los PP. han podido citarlos inocentemente bajo el nombre que llevaban en la fe de la opinion comun, sin

que haya habido *fraude* por su parte. Hemos añadido que la mayor parte de las obras supuestas lo han sido por los herejes y no por los católicos; así lo afirman los PP., y en efecto estos escritos contienen errores. Beausobre, que se levanta contra esta acusación, se ha tomado el trabajo de confirmarla él mismo. Uno de los mas famosos falsarios que ha citado es un tal *Leuce ó Leucio Carino*, que, segun su confesion, era hereje de la secta de los docetas. Los que han supuesto los escritos de S. Clemente Romano y de S. Dionisio Areopagita, los que han hecho tanto ruido, lo eran todo menos ortodoxos ó católicos. Como quiera que sea, Beausobre no ha probado que ningun Padre de la Iglesia haya sido autor de un libro falso, ni que á sabidas y bien convencido haya citado alguno que fuese falso ó apócrifo. *Hist. del Maniqueísmo*, t. 1, l. 2, c. 2, § 2, etc.

Dice que se ha tratado de quitar ó cambiar en el Evangelio algunas palabras de las que podian abusar los herejes. Pero 1º Estos hechos no están suficientemente probados; los que los aventuran no son de una autoridad muy respetable, y no se hallaban en estado de demostrar que la supresion ó el cambio de algunas palabras ó de algunas frases era efecto de la malicia mas bien que de la negligencia y falta de atencion de los copistas. 2º No se nombran los autores de estos pretendidos *fraudes*, y nadie ha sospechado de esto en ningun Padre de la Iglesia. 3º La Iglesia católica, lejos de tomar parte en ello ó de quererse aprovechar, los ha corregido luego que se ha apercebido de ellos. Beausobre conviene en esto. Nadie ignora los inmensos trabajos que Orígenes, Hesiuo y S. Jerónimo emprendieron para restablecer el texto de los libros santos á toda su pureza. Esto no es mostrar inclinación por los *fraudes*.

No honra mucho á Beausobre el haber citado una pretendida carta caída del cielo en el VI siglo y otra en el VIII, por último una tercera publicada por Pedro el Ermitaño, el año 1096, para obligar á los pueblos á una cruzada. Estos rumores populares, acogidos, acreditados, esparcidos y propagados por la ignorancia y la imbecilidad, en tiempos en que las calamidades públicas comovian todos los ánimos; rumores á los que los primeros prelados de la Iglesia no han dado ninguna sancion, pero á los que no siempre se han atrevido á oponer con entera firmeza, no son á propósito para probar que los doctores cristianos han admitido *fraudes*, y han estado siempre dispuestos á aprovecharse de ellos.

Tampoco es propio de un autor grave el querer sacar ventajas de la lizeja con que algunos críticos demasiado atrevidos han acusado á particulares, y aun á sociedades enteras, de haber corrompido las obras de los antiguos, bajo el pretexto de corregirlas. Se dice en la vida de Lanfranc, arzobispo de Cantorberi, que habiendo hallado muy corrompidos los libros de la Escritura por los que los habian copiado, se habia dedicado á corregirlos, lo mismo que los libros de los PP., según la fe ortodoxa. De esto deduce Beausobre que los editores de los PP. han reformado sus ejemplares, para acomodarlos á la fe de la Iglesia.

Por la misma razon debemos presumir tambien, como los incrédulos, que Orígenes, Hesiquio, Luciano y S. Jerónimo han corrompido el texto sagrado bajo el pretexto de corregirlo, y á fin de acomodarlo á la fe de la Iglesia. Cuando entre las variantes que se hallan en los manuscritos hay alguna contraria á la fe ortodoxa, ¿ es esta la que se debe elegir con preferencia para restablecer el texto? Cuando hay alguna variante en algun pasaje que objetamos á los protestantes y socinianos, tienen gran cuidado de preferir la leccion que les es mas favorable, y poner el sentido en sus versiones; hé aqui que son tan culpables de fraude piadoso como los editores de los PP.

Beausobre ha llevado mas allá la temeridad de sus calumnias, t. 2, l. 9, c. 9, § 8, n. 6. Desecha la prueba de los crímenes de que estaban acusados los maniqueos, sacada de la confesion de los que se manifestaron culpables, y que alega S. Leon. « Siempre, dice (y no exceptúa mas que los tiempos apostólicos), los obispos se han creído autorizados á usar de fraudes piadosas que tienden á la salvacion de los hombres. Queriendo Leon descreditar en Roma á los maniqueos, se valió de muchas personas que, seguras de su gracia, se manifestaron culpables de los crímenes imputados á esta secta. Nada era mas fácil que hallar en Roma protagonistas que desempeñasen esta comedia. »

Mas no exceptúa los tiempos apostólicos sino por bien parecer; si es lícito aventurar semejantes sospechas, los apóstoles ni sus discípulos están exentos de ellas. En efecto, según la opinion de Beausobre, los PP. cometieron un fraude piadoso cuando citaron libros apócrifos. De modo que si creemos á los críticos, S. Clemente Romano, discípulo inmediato de los apóstoles, citó dos pasajes del Evangelio según los egiipcios; y según S. Jerónimo, S. Ignacio citó uno del Evan-

gelio según los hebreos; estos son dos evangelios apócrifos. Aun cuando S. Judas no fuese apóstol, sería al menos un autor apócrifo; ha citado en su carta, c. 14, la profecía de Enoch, y esta profecía tampoco es auténtica. Por que no acusaremos á S. Pablo mismo de haber cometido un leve fraude piadoso, citando á los alemanes su inscripcion *ignota Deo*, mientras que según los sabios se leía allí *Diis ignotis et peregrinis*. Esta inscripcion no tenia ninguna relacion con el verdadero Dios. Este apóstol obró mucho peor cuando para librarse del poder de los judíos dijo que era fariseo, cuando habia renunciado al judaísmo y era cristiano, y cuando hizo circuncidar á su discípulo Timoteo, aunque no tuvo ninguna fe en la circuncision. Los incrédulos han hecho esta objecion contra S. Pablo, y en esto se han aprovechado de las lecciones de Beausobre y de sus iguales.

Siguiendo este bello método, qué debemos pensar de los fundadores y apóstoles de la santa reforma, de las historias escandalososas, de las imposturas, de las calumnias con que han llenado á los monjes y sacerdotes, á los papas y á los obispos, y muchas veces según el testimonio de algunos apóstatas? Las han publicado y comentado muchas veces con un atrevimiento increíble. Todos estos eran histriones que desempeñaban una comedia semejante á la de S. Leon.

Es curiosa la razon por la que se ha creído Beausobre con derecho para sospechar de la buena fe de S. Leon. Cita una carta de S. Gregorio Magno á la emperatriz Constantina, en la que, para excusarse de enviar á esta princesa la cabeza de S. Pablo que le pedia, este papa cita muchos milagros que habia obrado Dios contra los que querian desenterrar las reliquias; que entre otros hechos de esta especie dice S. Gregorio, que S. Leon, para convencer á los griegos que le pedian reliquias, cortó en su presencia con unas tijeras tin lienzo que habia tocado los cuerpos santos y que salió sangre de él. Beausobre pretende que S. Gregorio menta en toda esta carta, que emplea este testimonio falso y engañoso, según él, para probar que S. Leon cometió una impostura para hacer creer á las gentes un milagro falso. Verdaderamente que este rasgo de ceguedad es prodigioso. Si S. Gregorio menta, ¿ qué prueba su testimonio?

Todo lo que resulta de esta carta, es que S. Gregorio era demasiado crédulo, que hacia uso de todos los rumores que corrían en Roma, y de todos los pretendidos milagros que habian forjado los romanos para no quedarse sin sus reliquias; resulta de esto que muchos

espíritus tímidos que habian querido tocarlas se llenaron de repente de un estremecimiento sobre los trastornos que han causado á la Iglesia los nuevos platonicos, § 43 y sig., observa que era una máxima constante de los filósofos, que es lícito usar de la disimulacion y de la mentira, sea para hacer agradable la virtud al pueblo, sea para confundir á los que la combaten; que los judíos de Alejandria habian adoptado esta opinion, y que aquellos filósofos que abrazaron el cristianismo la introdujeron en la Iglesia. Ha repetido diez veces lo mismo en su *Hist. eccl.*; pero piensa que esta falsa politica no tuvo lugar sino á fines del siglo II. *Hist. eccl.*, siglo II, 1.ª parte, c. 3, § 8 y 15. Insiste todavía en este cargo en sus *Notas sobre el sist. intel. de Cudworth*, c. 4, § 16, t. 1, p. 411, y en sus obras sobre la historia eclesiástica, *Syntagm. Dissert.*, diss. 3, § 11, etc. Nosotros no tenemos ningún interes en defender á los filósofos paganos ni á los judíos; nos limitaremos á examinar los agravios alegados contra los PP. de la Iglesia.

1.º Moshem ha probado, á saber: que los primeros libros apócrifos, falsamente supuestos, lo fueron por los herejes del I y II siglo, por los gnósticos y sus descendientes; los PP. de la Iglesia les echaron en cara este fraude; luego no lo aprobaban. *Instit. Hist. crist.*, 2.ª parte, c. 5, p. 367. Los PP. han sido los enemigos constantes de los judíos y de los filósofos, y no han estado muy propicios á imitarlos.

2.º Nada sirve decir que los escritos atribuidos á S. Clemente papa y á S. Dionisio Areopagita son libros supuestos, al menos que no se pruebe que lo han sido por los PP., y no por particulares sin autoridad, ó por herejes, ó que los PP. los han citado sin sabiendo perfectamente que aquellas obras no eran auténticas; ni uno ni otro ha probado Moshem. *Dissert.*, § 43. V. SAN CLEMENTE Y SAN DIONISIO.

3.º Nos advierte que Rufino ha falsificado los escritos de Orígenes, y que citó con el nombre del papa S. Sixto las *Sentencias de Sixto*, filósofo pitagórico. Pero además de que Rufino no es un Padre de la Iglesia, y

que la libertad que se tomó ha sido universalmente reprobanda en el prefacio mismo de la traduccion de los libros de Orígenes con respecto á los *principes*, ha prevenido á sus lectores de la inexactitud de su version; no ha querido pues engañar á nadie. Que se condene en hora buena la libertad que se ha tomado; pero no vemos en qué sentido se puede llamar fraude piadoso. En cuanto á la confusion que ha hecho de un filósofo con un papa, ha podido enganarse por la semejanza del hombre y por la ortodoxia de la doctrina; le ha faltado la critica, pero no la buena fe.

4.º No podemos dudar, dice Moshem, que Orígenes sea culpable del vicio de que hablamos; san Jerónimo se lo ha echado en cara á él y á los origenistas en su primera apologia contra Rufino, y el mismo Orígenes ha declarado esto en el prefacio de sus libros contra Celso.

Es cierto que S. Jerónimo cita un pasaje sacado de las *Síromatas* de Orígenes, obra que ya no existe, en la que Orígenes parece aprobar el parecer de Platon con respecto á la mentira. Pero Platon hablaba de las mentiras politicas, y sostenia que eran permitidas á los jefes de la sociedad, y Orígenes parece tambien excusarlas en un maestro con respecto á sus discípulos. Al menos esto es lo que pretende S. Jerónimo; pero era necesario tener la obra del mismo Orígenes para asegurarse de lo que ha querido decir, y Moshem conviene en que estas palabras no significan absolutamente lo que quiere decir S. Jerónimo. En sus *Comentarios sobre la Epistola á los romanos*, m, 7, ha insistido Orígenes en las palabras que hemos citado de S. Pablo: « Si por mi mentira ha billado la verdad de Dios con su gloria, etc. » y no trata de enervar el sentido; ¿ es probable que haya preferido la moral de Platon á la de san Pablo?

Nos inclinamos á creer que Orígenes ha entendido por *mentira* la reticencia de la verdad en circunstancias en que no es necesario ni útil al prójimo el decirlo; y bien podíase este el sentido de Platon. Lo mismo que en materias de gobierno todas las verdades no pueden hacerse publicas, así en materia de doctrina no es conveniente manifestarla á oyentes que no se hallan en estado de comprenderla ni soportarla; S. Pablo advirtió á los de Corinto que el obra con ellos de este modo. *1 Cor.*, iii, 1.

Por otro lado, ¿ no será este uno de los lugares de las obras de Orígenes que sostiene Rufino haber sido corrompido por los herejes enemigos de este grande hombre? Si no nos engañamos, el peor camino será decir que es

uno de los errores que justamente se le han echado en cara, y una prueba de que no era el sentimiento común de los PP.

Pero es falso que lo sostenga Orígenes en el prefacio de sus libros contra Celso; cita, n. 5, lo que dice san Pablo á los Colosenses: «*No os dejéis seducir por la filosofía ó por un vano engaño.*» El apóstol, continúa Orígenes, llama *vano engaño* á lo que los filósofos tienen de capcioso y de seductor, para distinguirle quizás de un *engaño* que no es *vano*, y del que habla Jeremías cuando se atrevió á decir á Dios: «*Me habeis seducido, Señor, y yo he sido engañado.*» Así que, lo que los filósofos tienen de capcioso y de seductor no son siempre *fraudes* y mentiras, sino sofismas, falsas raciones, una elocuencia artificiosa, etc. «En qué consistía el engaño que Dios había hecho á Jeremías? El profeta se había lisonjeado de que la orden que había recibido de Dios, para anunciar á los judíos lo que debía suceder, le atraería el respeto de parte de ellos, y se quejaba de haber llegado á ser un objeto de aborrecimiento y de odio, x, 7 y sig. «Se deduce de esto que Dios le había seducido con mentiras? Como se concluirá de este pasaje que Orígenes aprueba los *fraudes piadosos* que no son *vanos* ó que pueden producir un bien? Porque Mosheim ha sacado esta consecuencia muy mal á propósito, por esto no lo acusamos de *fraude piadoso*, sino de preocupación.

5º Todavía la demuestra acusando á S. Jerónimo de haber sido del mismo sentir que echó en cara á Orígenes con tanta acrimonia. Teme como prueba de esto hecho el célebre pasaje de S. Jerónimo, sacado de la carta 30 á Pammacio, en el que este Padre hace la apología de sus libros contra Joviniano, pasaje que han repetido cien veces los incrédulos y protestantes. «Respondo, dice S. Jerónimo, *Op. t. 4. 2ª parte.*, col. 233 y 236, que haya muchos géneros de discursos; que una cosa es escribir para disputar, y otra hacerlo para enseñar. En el primer caso, es vago el método; el que responde á su adversario, le propone tan pronto una cosa como otra; argumenta á su gusto: dice una cosa y prueba otra; enseña, como decimos, el pan, y tiene una piedra. En el segundo caso, es necesario presentarse al descubierta y hablar con todo el candor posible. Una cosa es investigar la verdad, otra es establecerla; en el primer caso se trata de combatir, en el segundo de instruir. En modo de la pelea y cuando pelagra mi vida, venis á decirme magistralmente: *No me hirais oblicuamente y del lado que no espero, dad vuestros golpes de frente; no honra el vencer*

con astucia mas bien que con la fuerza. Como si el mayor arte de los gladiadores no fuera amagar por un lado y herir por otro. Leed á Demóstenes y á Ciceron, y si no gustais del arte de los retóricos, que llega á lo verosímil mas bien que á lo verdadero, leed á Platon, Teofrasto, Xenofonte, Aristóteles y demás que, habiendo bebido en la fuente de Sócrates, han salido de ella como varios arroyos. ¿Dónde está en ellos el candor y la sencillez? Tantas como son las palabras, son los sentidos y medios de vencer. Orígenes, Metodio, Eusebio, Apolinar, escribieron volúmenes contra Celso y Porfirio, ved con cuántos argumentos, con cuántos problemas capciosos destruyen sus diabólicos artificios, y como algunas veces se ven obligados á decir, no lo que piensan, sino lo que mas les conviene; prefieren lo que mas se opondrá á lo que dicen los gentiles. Omíto á los autores latinos Tertuliano, Cipriano, Minucio, Victoriano, Lactancio, Hilario, por temor de que no se crea que trato menos de defendirme que de acusar á los demás.» Añade S. Jerónimo que no ha obrado de otro modo el mismo S. Pablo en sus cartas.

Se necesita tener los ojos de nuestros adversarios, para ver en este pasaje que en la disputa es permitido mentir, forjar imposturas, asegurar lo que se sabe que es falso, y usar de *fraudes piadosos*. Unicamente vemos en él que un escritor polemico no está obligado á decir desde luego todo lo que piensa, á dejar entrever las consecuencias que quiero sacar de una proposición, evitar todo lo que puede ser dudoso ó disputado; que puede legítimamente conciliar ó suponer cosas que no son absolutamente ciertas; sacar diestramente partido de la confesión de su adversario, falsa ó verdadera, esquivar algunas veces con un rodeo una consecuencia enojosa, combatir defendiéndose, etc. Nunca han tenido escrúpulo los acusadores de los PP. en usar ellos mismos de todos estos artificios; nos dan excelentes lecciones, y no los acriminariamos si se limitasen á estas ligeras trampas del arte: ¿tampoco son estos *fraudes piadosos*?

Así en este mismo lugar protesta S. Jerónimo que ha sido franco y sincero en toda su disputa contra Joviniano, que ha sido simple comentar de la Sagrada Escritura, y desahía á sus adversarios á que citen un solo pasaje en el que no la haya traducido fielmente.

Mosheim ha faltado á todo el decoro cuando ha acusado á S. Jerónimo de una especie de *impudencia*, por haber osado atribuir á S. Pablo su modo de disputar. Debía haberse acu-

sado á sí mismo, en lugar de añadir que los teólogos católicos obran aun en el día como los PP. de cuya autoridad se vanaglorian. *Dissert. Synlagm.*, discurso 3, § 41. Tendríamos que sentir que algun doctor católico hubiese imitado el ejemplo de los protestantes.

6º Se conseguirá mejor demostrarnos las lecciones de impostura en S. Juan Crisóstomo? Condén expresamente todo clase de mentira, *in Joan.*, hom. 13, 39, etc. Insistió en el pasaje de S. Pablo de que hemos hablado, *in Epist. ad Rom.*, homil. 6, n. 5 y 6. ¿Ha contradicho esta moral en alguna otra parte? Mosheim nos asegura que en el primer libro del *Sacerdote*, § 9, este santo doctor se esforzó en probar que es permitido el *fraude* cuando es útil al que usa de él y á aquel que es el objeto. Cita muchos pasajes que, desmembrados de lo demás del discurso, parecen probar que tal era en efecto el parecer de san Juan Crisóstomo.

Mas en esto no hay mas que ver de qué se trataba. Su amigo Basilio, expuesto lo mismo que él á ser elevado al episcopado, le preguntó qué haría en este caso. Crisóstomo, por el temor de privar á la Iglesia de los servicios de un hombre excelente, no le declaró su desigmo, se contentó con decirle que nada les obligaba á tomar en la actualidad su resolución, y así dejó persuadido á su amigo que sería unánime. Cuando, despues de algun tiempo, se trató de dar la ordenación, se ocultó Crisóstomo; para vencer mas fácilmente la repugnancia de Basilio, se le dijo que su amigo había cedido ya y recibido el yugo, lo que era falso. Desengañado despues Basilio, se quejó de esto amargamente. Crisóstomo, para justificarse, habló en general probando que toda especie de *fraude* ó de engaño no está prohibida, y alega muchos ejemplos de esto sacados de la Sagrada Escritura; pero estos ejemplos no prueban mas que el sivo, á saber, que no estamos siempre obligados á decir todo lo que sentimos, todo lo que queremos hacer, y todo lo que haremos; en una palabra, que no es un crimen la reitencia, aunque sea una disimulación. Es pues injusto el querer aplicar en general á toda especie de engaño lo que no es cierto mas que con respecto á una sola, y argumentar sobre pasajes aislados, cuando la continuación del discurso explica su verdadero sentido.

El sétimo ejemplo alegado por Mosheim es el de Synesio. Este obispo de Ptolemaida, en su carta 103, enseña expresamente que un entendimiento imbuido en la filosofía cede algunas veces á la necesidad de mentir, y que

la mentira es muchas veces útil al pueblo. Mosheim, en su *Dissertacion*, § 47, había que dado aquí, sacando de las palabras de Synesio las consecuencias que le habían agrado. Pero como Gadoworth ha citado tambien este pasaje, y había deducido de él la misma consecuencia, Mosheim ha reproducido el pasaje entero. *Sist. intel.*, c. 4, § 34, t. 1, p. 813. «En cuanto á mí, dice Synesio, si se me llama al episcopado, no quiero disimular mis sentimientos; pongo por testigo á Dios y á los hombres. La verdad nos aproxima á Dios, delante del que deseo estar libre de todo crimen... No ocultaré lo que pienso, mi corazón y mi lengua irán siempre acordes.»

Mosheim prueba despues contra Toland que no es cierto que Synesio haya faltado á su palabra. Nosotros lo aplaudimos; pero ¿era necesario pues que Gadoworth y Toland fuesen injustos, para obligar á Mosheim á ser de buena fe? Deplorando en su disertacion de un modo patético el mal que ha producido en la Iglesia la pretendida máxima de los platonícos y de los PP., no necesitaba cometer un *fraude*, truncando el pasaje de Synesio.

Se han burlado muchos de la palabra *Económica*, por la que san Juan Crisóstomo y demás PP. han designado las astucias inocentes cuya apología han hecho. El traductor de Mosheim ha observado con razon, que el *método económico* de disputar consistía en acomodarse en cuanto fuese posible á los gustos y á las preocupaciones de los que se quería convencer. El mismo S. Pablo, *I Cor.*, ix, 20, dice que había obrado de este modo; que se había hecho judío con los judíos, etc. los incrédulos le han acriminado por esto. Pero se dice que los doctores cristianos han abusado de este ejemplo, que han pecado contra la pureza y la sencillez de la doctrina cristiana; afortunadamente no se ha probado.

Resultado de toda esta discusion que, suponiendo en todas partes *fraudes piadosos*, los protestantes no han hecho mas que caer en un círculo vicioso. Prueban que los PP. se los permitían por la multitud de obras apócrifas supuestas en los primeros siglos. ¿Y cómo saben ellos que son los PP. los que han supuesto fraudulentamente estas obras? Es que creían ser permitidos los *fraudes piadosos*. Nuestros adversarios no salen de un estrecho círculo; quieren probar dos falsedades una por otra.

Ha habido, se dice, pretendidos santos falsamente supuestos, falsos milagros, falsas revelaciones, falsas leyendas, falsas reliquias, falsas indulgencias, etc. ¿Cómo lo sabemos? Por la censura y aun por la condenación que

ha hecho de ellas la Iglesia. Esta se ha hallado siempre bien distante de aprobar los *fraudes*. Todavía nos vemos obligados á repetir que el mayor número de los errores no han sido *fraudes*, sino rasgos de ignorancia y de credulidad, defectos de exámen y precaución; que han provenido, no de los doctores ó prebados de la Iglesia, sino de simples particulares sin autoridad.

A la verdad que Le Clerc se ha atrevido á acusar á san Ambrosio y á san Agustín de *fraudes piadosos*, al uno con respecto á las reliquias de san Gervasio y Protasio, al otro con respecto á las de san Esteban; pero esta conjetura maligna y temeraria no cae sobre nadie, demuestra únicamente que Le Clerc y sus iguales no creen en la probidad, ni en la virtud de nadie.

Pero ¿estos mismos obstinados calumniadores se hallan á cubierto de toda acusación de impostura? Han hecho muchas. Un inglés, llamado Tomás James, ha compuesto muchas obras contra la Iglesia romana; una titulada: *Tratado de las corrupciones de la Escritura de los concilios y de los PP., hechas por los prebados, los pastores y defensores de la Iglesia de Roma para sostener el papismo*. Londres, 1612, en 4.º y 1689 en 8.º. Este autor, cuyo fanatismo lo indica solo el título, refiere que ha oído decir á un caballero inglés que el papa sostiene en Roma un número de escritores diestros en falsificar los caracteres de todos los siglos, y que están encargados de copiar las actas de los concilios y las obras de los PP., de modo que estas copias se tengan por originales antiguos. Que un inglés aventurero haya inventado este cuento y que un doctor lo haya publicado bajo su palabra, esto no es admirable. Pero lo que nos sorprende es que un sabio como Praff lo repita gravemente en su *Introducción á la Historia literaria de la teología* impresa en 1724, proleg., § 2, p. 7. Esto da, dice, violentas sospechas de impostura, sobre todo cuando se consideran los *indices expurgatorios* en los que se ha borrado arbitrariamente de las obras de los PP. todo lo que no era del gusto de la Iglesia romana.

Cave, en los prolegómenos de su *Historia literaria de los escritores eclesiásticos*, sección 3, § 1, ya se había expresado lo mismo: «Esta probado, dice, con miles de ejemplos que se han corrompido indignamente las obras de los PP.: que se han suprimido, en cuanto se ha podido, las ediciones que habían aparecido antes de la reforma; que se han truncado é interpolado las ediciones siguientes, y que muchas veces se han atrevido á negar lo que había en ellas de mas antiguo.» § 3.

Cita muchas correcciones que mandaron hacer los inquisidores de España en las obras de los PP., y remite á la obra de Tomás James. La mayor parte de los ejemplos de alteración que han alegado ambos están sacados de Baillé.

Este, en su *Tratado del uso de los PP.*, l. 1, c. 4, había prometido al principio no hablar mas que de las falsificaciones que se habían cometido expresamente y á propósito en las obras de los PP., y había convenido en que muchas no se habían hecho con mala intención; pero esta moderación no la observó en el curso de su libro. Se halla allí una larga lista de alteraciones, de supresiones, de interpolaciones cometidas de intento, segun él, en las colecciones de los cánones, en las liturgias, en las actas de los concilios, en las leyendas y vidas de los santos, en los escritos de los PP., en el martirologio romano, etc., cuya intención no era laudable. Refiere las quejas de Erasmo en el prefacio de la edición de S. Jerónimo, sobre el poco cuidado que se había tenido en conservar los monumentos de la antigüedad, sobre los enormes defectos que se hallan en ella; este crítico atribuya la principal causa á la barbarie é ignorancia de los escolásticos.

Observemos desde luego los progresos de la calumnia. Erasmo y los escritores católicos atribuían á la negligencia ó ignorancia de los siglos bárbaros el estado deplorable de los monumentos eclesiásticos; no sospechaban que el *fraude* tuviese en él ninguna parte; los protestantes han querido imputarlo á un designio expreso de engañar al universo entero. Baillé, olvidando las demás causas, se atenia á la prevención de los copistas y de los editores en favor de ciertos dogmas que querían favorecer; los críticos que han seguido sus pasos han acusado principalmente á los papas y á los obispos de todo el mal que ha sucedido.

Si no les hubiera cegado la enfermedad de que acusan á los demás, hubieran visto:

1.º Que antes de la invención de la imprenta las variantes y los defectos de los manuscritos han provenido de tres causas: de la ignorancia de los copistas, que no entendían el sentido de lo que copiaban ó de lo que se les dictaba, y que escribieron oblicuamente; de la inadvertencia y de la distracción de que no están libres aun los mas diestros; por último, de la prevención. Un escritor poco instruido hallaba en un antiguo expresiones que no le parecían ortodoxas, y las tenía por faltas de copistas, y creía obrar bien corrigiéndolas. Sin duda que esta era una temeridad, pero no era

ni un *fraude*, ni una falsificación premeditada. Fácil es concebir la enorme cantidad de variantes que estas tres causas han debido producir. Cuantas mas copias había de una misma obra, mas se aumentaba el número de alteraciones. Un pretendido noble que quiere forjarse una genealogía, un hombre ambicioso que quiere usurpar nuevos derechos, un vengativo resuelto á perder á su enemigo, etc., pueden alterar escritos por el interés que los domina; hé aquí el crimen de los falsarios. ¿Pero qué interés podia obligar á un monje ó un clérigo, cuya habilidad toda consistía en saber escribir, á falsificar un pasaje de S. Agustín ó de S. Jerónimo que muchas veces no entendía? Por sospechas semejantes se ha acusado á los judíos de haber falsificado el texto hebreo de los libros santos; los mismos protestantes los han defendido; los católicos son los únicos con los que nosenrñan nuncá equitativos.

2.º Debían atender á que las obras de los autores profanos no han sido menos maltratadas que los monumentos eclesiásticos; ha sido necesario un trabajo concienzudo por parte de los críticos para poner á ambos en el estado de corrección en que se hallan en el día; nadie, sin embargo, ha soñado que los primeros habían sido falsificados maliciosamente.

3.º Un falsario, por poderoso que fuese, no ha podido alterar todos los manuscritos de una misma obra que están esparcidos en las bibliotecas de Alemania, de Inglaterra, de las Galias, de España, de Italia, de la Grecia y de todo el Oriente, donde se han hallado. Todavía ha sido menos posible á los papas el tener copistas á sus expensas en estas diferentes partes del mundo. El compilador de las falsas decretales no estaba sostenido por los papas, y estos no se han dado mucha prisa en canonizar su colección.

4.º Podían falsificar con mas facilidad las actas de los concilios? Los ocho primeros generales se han celebrado en Oriente; todavía no se han llevados á Roma las actas originales, y desde el cisma de los griegos sucedió en el siglo IX, los papas no han tenido mas autoridad en esta parte de la cristiandad. Las actas del concilio de Constanza no se han puesto en su poder, y las del concilio de Basilea se conservan en los archivos de esta ciudad. No son los papas los que han hecho quemar las bibliotecas de Constantinopla y de Alejandria, ni los que excitaron á los bárbaros á destruir las de Occidente. Debemos agradecerles, al contrario, los esfuerzos y los gastos que han hecho para procurarnos libros y manuscritos orientales que no conocíamos.

5.º Cuando Cave pretende que las ediciones de los PP., hechas antes del nacimiento de la reforma, son las mas preciosas, demuestra mas prevención que juicio. No han sido siempre sabios instruidos los que las han dado, y no han podido comparar tantos manuscritos como se han confrontado despues. No es admirable que estas ediciones se hayan hecho muy raras. No se había tirado gran número de ejemplares, y se han olvidado despues que ha habido otras mejores y mas completas; no ha sido pues necesario suprimirlas por malicia. Las ediciones antiguas de los PP., que habia en Francia se han trasportado á América, porque se han adquirido á poco precio; no queda mas que decir á los protestantes que han sido trasportadas para quitarlas de la vista de los sabios europeos. El mismo Cave se ha visto obligado á respetar las hermosas ediciones de los PP. dadas en Francia por los benedictinos.

6.º Los inquisidores de España, al decir en sus indices expurgatorios que era necesario quitar tal pasaje en tal Padre de la Iglesia, atestiguan por esto mismo que este pasaje se halla en él. ¿Dónde está aquí el *fraude*? Que se les acuse de prevención, cuando suponen que este pasaje ha sido corrompido ó interpolado por los herejes, en hora buena; pero que se les tache de impostura ó de falsificación cuando dan el texto tal como es, esto es demasiado. Estos indices no se han formado hasta el nacimiento de la pretendida reforma; con que atrevimiento pueden objetarnos los protestantes, cuando son ellos los que han dado lugar á esta providencia con sus muchos atentados?

7.º Antes de acusar á nadie, deberían acordarse del exceso cometido por sus padres; han quemado las bibliotecas de los monasterios en Inglaterra, en Francia y otras partes; en cuanto á esto nada tienen que echar en cara á los bárbaros. Han falsificado la Escritura Santa en la mayor parte de sus versiones; la prueba de esto está confirmada en los hermanos Walembug. Han forjado mil historias escandalosas contra el clero católico y las repiten todavía. Los hemos convenido cien veces en el curso de nuestra obra de citar falsamente, de pervertir el sentido de los pasajes que alegan, de afectar dudas sobre los hechos mejor probados. En particular Baillé se ha obstinado en negar la autenticidad de las cartas de S. Ignacio y de los cánones apostólicos; inútilmente Pearson y Beveridge han refutado todas sus objeciones y multiplicado las pruebas; y no han convertido á los protestantes.

8.º Pueden creer y repetir cuanto quieran

la fábula de los escritores sostenidos en Roma para falsificar las manuscritos; la necesidad de este cuento está bastante demostrada por lo que acabamos de decir. ¿De qué serviría falsificar las obras manuscritas que han sido impresas? Pueden citar una particularmente que se halle solo en la biblioteca del Vaticano, y que los papas hayan tenido interés en suprimirla ó falsificarla? Los mas raros han sido visitados por los curiosos de Europa: tanto católicos como protestantes ninguno se ha atrevido á decir que ha visto en ellos señales de falsificación. Pero en orden á fábulas desventajosas á los pontífices, á los obispos y á los teólogos católicos, la credulidad de los protestantes no tiene límites; los impostores están siempre seguros de hallar crédulos entre ellos.

Nos parece que todas estas faltas valen á lo menos por los *fraudes piadosos* que se atreven á imputar á los mas respetables personajes, antiguos y modernos.

* **Frenología.** *ó craneología, cranioscopia.* Ciencia que, procediendo por medio de la inspección del cráneo, aprecia las inclinaciones, las pasiones y las facultades del hombre por las elevaciones, protuberancias, cavidades ó depresiones de este órgano, y cuyos partidarios hallando insuficiente la craneoscopia han adoptado el método de la cerebrecoscopia, que es el estudio de las circunvoluciones cerebrales. Las lecciones del Dr. Gall, autor de este sistema, fueron prohibidas en Viena en 1801, como dirigidas á propagar el materialismo y el fatalismo, principios subversivos del orden social; al contrario se han tolerado en Paris, donde se han dado cursos públicos de *frenología* como de anatomía y fisiología.

La inspección del cráneo tampoco puede conducir al conocimiento de las pasiones, atendido que, segun el testimonio de los fisiólogos, las pasiones y afecciones no tienen su asiento en el cerebro. Estos las colocan en los órganos de la vida interior, en las vísceras. De modo que no residiendo las pasiones en el cerebro, nunca llegará á descubrirlas la inspección encefálica. Ningun signo craneoscópico nos podrá demostrar *a priori* las disposiciones ni facultades del hombre.

Se dice que el doctor Gall rechazaba el materialismo; sin embargo, los frenólogos van derechos á esta doctrina tan absurda como depresiva, cuando comparan al hombre á un autómatas privado de ideas, de raciocinio y de juicio. Para que sean espiritualistas, es necesario que admitan un principio simple, único que preside á las operaciones mentales de la inteligencia y de la voluntad; pero si este es

un ser espiritual y no ocupa extension, ¿qué es lo que el examen del cráneo ó del cerebro puede enseñar y asegurar de las facultades del hombre? Es cierto que Gall suponía tantas inteligencias particulares como facultades distintas. «Cada facultad, decía, tiene su percepción, su memoria, su juicio, su voluntad; es decir, todos los atributos de la inteligencia propiamente dicha. Todas las facultades están dotadas de la facultad perceptiva, de atención, de recuerdo, de memoria, de juicio, de imaginación... Es, pues, cada facultad una inteligencia. Hay tantas especies diferentes de inteligencia ó entendimiento, como hay facultades distintas. Toda facultad particular, dice también, es entendimiento ó inteligencia; cada inteligencia *individual* tiene su órgano propio.» Pregunta M. Flourens (*Examen de la frenología*): «Pero con todas estas especies de entendimientos, con todas estas inteligencias individuales, ¿qué será la inteligencia general propiamente dicha?... Ya no será una facultad positiva y única, cuando sentimos, concebimos en nosotros mismos, cuando pronunciamos la palabra *alma* ó *inteligencia*, y esta es toda la invención de la psicología de Gall. Sustituye á la inteligencia, facultad esencialmente única, una multitud de inteligencias inferiores. Pero la unidad de inteligencia, la unidad del *yo* es un hecho de sentimiento íntimo, y este es mas fuerte que todas las filosofías. La *Revista médica* prueba que no puede existir el *yo* en el sistema de los frenólogos. Si no quieren aceptar esta multiplicidad de individualidades espirituales, independientes, pretendiéndolas unir con lazos misteriosos, no explicarán de un modo mas satisfactorio la unidad del *yo* ni la posibilidad del juicio. Porque, ¿cómo el *yo*, este ser único, indivisible, sin extension, punto convergente de todas las facultades, parte esencial de toda operación mental, lógica, puede existir con esta pluralidad indefinida de órganos? Aquí hay la mas palpable contradicción, ó mejor dicho, el absurdo mas terminante. Debemos repetirlo. No se puede dividir el *yo*, que no es mas que el que es él solo ni mas ni menos, y decir dividiéndolo: Hé aquí lo que vive para tal órgano, esto para este otro. La personalidad no se presta á estas fracciones, es necesario negarla ó reconocerla en su integridad completa. La unidad material, la orgánica en particular, es un compuesto, un agregado de partes, pero la unidad espiritual no tiene nada de semejante; es la unidad enteramente única. Tampoco hay juicio posible en el sistema frenológico, como también lo demuestra la *Revista médica*. Es cierto que yo puedo experimentar

á la vez muchas sensaciones. Algunas veces es el mismo objeto el que me las proporciona; veo, gusto, y huelo un guisado; oigo y toco un instrumento. Otras veces son diferentes objetos los que hieren mis diversos sentidos; oigo una música, al mismo tiempo que veo hombres, siento el calor del fuego, percibo un olor como á fruta; distingo perfectamente estas diversas sensaciones, las comparo, juzgo la que me afecta mas agradablemente, y prefiero una á otra, la elijo. De modo que este *yo*, que compara las diversas sensaciones, es inevitablemente un ser simple; porque si fuese compuesto, recibiría por diversas partes las varias impresiones que cada sentido le transmitiría; los nervios ópticos llevarán á un punto las impresiones de la vista, los acústicos harán pasar á otra parte las del oído, así de los demás. Mas si son las diversas partes del órgano físico, del cerebro por ejemplo, las que reciben cada una por su parte la sensación, ¿cómo se verificará la aproximación, la comparación? La comparación supone un comparador; el juicio supone un juez único. No pueden hacerse estas operaciones sin que las diferentes sensaciones confluyan todas en un ser simple.»

En el sistema frenológico, reasumiéndose todo en la constitución física, sometiéndose todo al imperio fatal de la organización, evidentemente no hay en él ni vicio, ni virtud; este sistema es la negación de toda ley moral, la negación del libre albedrío. Gall quiere que no sea mas que un resultado; luego le destruye. Broussais se expresa de este modo (*Curso de frenología*): «El hombre tiene libertad, si sus órganos del *yo* y de la voluntad, á los que pertenece esta facultad, son vigorosos; pero si son débiles, no la tiene. Examinemos desde luego al que las tiene débiles. ¡Ah! no será verdaderamente libre mas que para las acciones indiferentes, pero no lo será para los actos importantes; obedecerá sucesivamente á todas sus pasiones, á medida que lleguen á ser dominantes.... Tengo libertad para ser sabio, fiel, económico, exclamará el pródigo, el libertino á quien se le echen en cara estos extravíos, lo será cuando quiera. Pero si no tiene órgano que pueda conducirle á cambiar de conducta, no cambiará.» No es de admirar que la tolerancia sea para los frenólogos el primer precepto de la moral; esta tolerancia engendra una indulgencia mutua que llega á ser la base del sistema penal de estos fatalistas. Los frenólogos se limitan á hablar del imperio fatal de ciertos órganos, y á reproducir todos los lugares comunes á los que los abogados han habituado á los jueces, hace algunos

años, y que no cesan de invocar en favor de estos miserables bandidos que profesan ó practican la doctrina del asesinado. ¡Bellos ciudadanos que reservan toda su compasión para los ladrones y asesinos, y no tienen piedad de las víctimas ni de la sociedad! A todo acusarán los frenólogos excepto al culpable; á todo excepto á la educación que ha recibido, porque su educación, segun ellos, *no crea nada*; es impotente para contener las tendencias fatales del organismo.

No necesitamos probar con mas extension que su sistema mina todos los fundamentos de la religion y de la sociedad. V. FISIOLÓGICA PSICOLÓGICA.

Frigianos ó Frigios. V. MONTANISTAS. **Frontistas.** Algunos autores han llamado así á los cristianos contemplativos, y *frontisterios* á los monasterios, porque estos son lugares consagrados en parte á la contemplación.

Fuego. El nombre y simbolo de *fuego* se emplean en la Escritura santa para significar diferentes cosas: 1.º Lo que se dice, ps. cm, 4, que los vientos son los mensajeros de Dios, y que el *fuego* y el rayo son sus ministros, S. Pablo lo ha entendido de los ángeles, *Hebr.* i, 7: es el simbolo de la celeridad y de la fuerza con que los ángeles ejecutan las órdenes de Dios. 2.º Jesucristo, en el Evangelio de S. Luce., xii, 49, compara su doctrina á un *fuego* que ha venido á iluminar la tierra, porque ilumina los entendimientos y abrasa á los corazones; de esto han deducido algunos incrédulos que Jesucristo vino á encender entre los hombres el *fuego* de la guerra; esto es una ridicula consecuencia. Por el contrario, Isaías compara los errores de los judíos á un *fuego* fatuo que engaña á los que le siguen, xxx, 11. 3.º El *fuego* de la cólera de Dios significa las calamidades que en via, y no la hay mas terrible que el *fuego* del trueno; en este sentido Dios es llamado un *fuego* devorador, *Deut.*, iv, 24. 4.º En general, los padecimientos se llaman tambien *fuego*, porque purifican el alma de sus manchas. Así en S. Marcos, ix, 49, se dice que todo hombre será *salado por este fuego*, es decir, que por los sufrimientos experimentará el mismo efecto que produce la sal en la carne de las vicimas. 5.º En el profeta Habacuc, ii, 13, *trabajar para el fuego*, es trabajar en vano, etc.

Dios se ha presentado muchas veces á los hombres bajo la figura de *fuego*; de este modo apareció á Moisés en la zarza ardiendo, á los israelitas en la cima del monte Sinaí; muchas veces les hablaba desde la columna